

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

https://archive.org/details/estudios1618unse_0

LAT

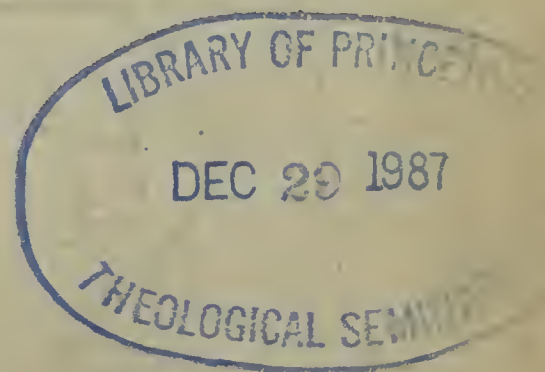
ESTUDIOS

JOSE LUIS FUENZALIDA: "CHILE Y LA ANTARTIDA". — OSVALDO LIRA: "EN TORNO A MARITAIN Y LA FILOSOFIA ESCOLASTICA". — CARLOS ANTONIO AREAN: "EL PENSAMIENTO POLITICO DE BOLIVAR A TRAVES DE BASTERRA". — JOSE MARIA VALVERDE: "ANTONIO MACHADO Y EL ORDEN". — ALFREDO LEFEBVRE: "BAÑO DE RIO" Y "RIO ETERNO" (POEMAS).

DEL OCIO Y LA ETERNIDAD: "María para el fin", por Alfredo Lefebvre.

LA AGUJA DEL TIEMPO: "¿Quién vió más claro frente a Rusia?". — "Perderemos la próxima guerra", dice un general norteamericano. — "Un profeta soviético excomulgado". — "La situación de la Iglesia en la India".

181-182



E S T U D I O S
Mensuario de Cultura General

Director:
JAIME EYZAGUIRRE
Sub-Director:
JULIO PHILIPPI
Casilla 13370
Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS	\$ 100.—
" " " " EXTRANJERO	Dólares 3.—
NUMERO SUELTO	\$ 10.—
" ATRASADO	12.—

AÑO XVI — Nos. 181-182

FEBRERO-MARZO DE 1948

A LA H O R A D E O N C E

ENCONTRARA UD. UN AMBIENTE TRANQUILO Y
AGRADABLE EN

“ LA NOVIA ”

HUERFANOS ESQ. DE AHUMADA

“CHILE Y LA ANTARTIDA”, por José Luis Fuenzalida, pág. 3. — “EN TORNO A MARITAIN Y LA FILOSOFIA ESCOLASTICA”, por Osvaldo Lira, pág. 11. — “EL PENSAMIENTO POLITICO DE BOLIVAR A TRAVES DE BASTERRA”, por Carlos Antonio Areán, pág. 26. — “ANTONIO MACHADO Y EL ORDEN”, por José María Valverde, pág. 47. — “BAÑO DE RIO” y “RIO ETERNO”, Poemas de Alfredo Lefebvre, pág. 53.

DEL OCIO Y LA ETERNIDAD: “María para el fin”, por Alfredo Lefebvre, pág. 54.

LA AGUJA DEL TIEMPO: “¿Quién vió más claro frente a Rusia?”, pág. 58; “Perderemos la próxima guerra”, dice un general norte-americano, pág. 60; “Un profeta soviético excomulgado”, pág. 64; “La situación de la Iglesia en la India”, pág. 64.

CRISTAL DE LIBRERIA: “Juegos y alegrías coloniales en Chile”, por Eugenio Pereira Salas, pág. 71; “Humanismo Social”, por Alberto Hurtado, pág. 71; “El verdadero sentido de la democracia”, por Jorge Lyon Edwards, pág. 71; “Colección Austral”, pág. 71.

Biblioteca Conocimientos

HISTORIA DE CHILE. Luis Galdames. Décima edición del más completo compendio de Historia Patria. Ilustrado con numerosas fotografías y grabados. En rústica: \$ 40.

CUADERNO DE MAPAS N° 2. Alejandro Ríos Valdivia. Comprende Europa y América del Sur (para segundo año de Humanidades). \$ 8.

LECTURAS CHILENAS. Roque Esteban Scarpa. Un conjunto magníficamente seleccionado de lo más característico de nuestra literatura: Novela, Poesía, Cuento, Ensayo y demás géneros literarios. Edición empastada: \$ 60.

LECTURAS AMERICANAS. Roque Esteban Scarpa. Lo más selecto de la literatura americana en una edición finamente presentada. De lujo: \$ 70. Rústica: \$ 40.

HISTORIA DEL ARTE. Héctor Aravena González. Estudio completo sobre el desarrollo universal del arte en todas sus manifestaciones. Edición de lujo: \$ 60. En rústica: \$ 30.

INGLES BASICO SIMPLIFICADO. Luis Palacios H. Una persona corriente encontrará en este libro no sólo un guía sino la llave que le permitirá hablar y escribir el inglés en cortísimo tiempo. El principal mérito de la obra del profesor Palacios es que ha logrado una extraordinaria simplificación en la enseñanza de este idioma. Finamente presentado con sobrecubierta a colores. \$ 20.

TRATADO GENERAL DE GRAMATICA INGLESA. L. Palacios H. Complemento del libro anterior en el que las enseñanzas iniciadas en aquél son desarrolladas aquí con mayor amplitud. Con su valiosa ayuda cualquier lector podrá adquirir vastos conocimientos del idioma y podrá desenvolverse fácilmente en la redacción y conversación del mismo. Edición de lujo: \$ 70. Rústica: \$ 40.

Comentario a A SHORT HISTORY OF THE WORLD. Dr. Rodolfo Oroz. Este libro permitirá al lector, a través de trozos de amena lectura de capítulos selectos de la famosa obra de Wells, afirmar y perfeccionar el conocimiento del inglés. El presente estudio favorece directamente a los alumnos del Instituto Pedagógico y de Humanidades. Edición rústica: \$ 15.

A pedido, despachamos GRATIS lista general de nuestras obras.

Despachamos contra reembolso para Chile, sin gastos de franqueo para el comprador. En todas las buenas librerías.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84-D Santiago de Chile

CHILE Y LA ANTARTIDA

Los territorios antárticos han vuelto a llamar la atención, en forma preferente en este último tiempo. Las incógnitas y posibilidades que encierra el llamado sexto continente han mantenido en una preocupación constante a los hombres de ciencia. Hoy, razones de política internacional han agudizado el problema relativo al dominio de los territorios antárticos en la parte que constituye el cuadrante americano.

Prescindiendo de las razones de orden político que circundan este problema y de la actitud adoptada por los países directa o indirectamente interesados en él, trataremos de dar una visión objetiva de los conceptos de Derecho Internacional que se hallan en juego y, a la luz de ellos, de los títulos invocados por los diversos países que reclaman derechos sobre la Antártida.

La jurisprudencia internacional y la opinión de los tratadistas como fuentes en la formación de un derecho que, como el Internacional, aún no ha llegado a sus etapas definitivas, han enunciado nuevos principios en relación con el problema del dominio polar.

En efecto, la naturaleza misma de los polos, formado el Ártico por glaciares marítimos y el Antártico por glaciares asentados sobre tierra firme y las condiciones de vida en esas regiones, han hecho imposible la aplicación respecto de su dominio de los mismos principios y reglas reconocidos para la adquisición y conservación del dominio en las demás regiones del globo.

A los principios y normas especiales del Derecho Internacional relativas al problema polar es preciso agregar en lo que se refiere al estudio del dominio antártico sobre el cuadrante americano, aquellos principios y normas de este mismo derecho que han tenido su origen y aplicación especial en las relaciones de los países americanos.

O sea, en definitiva, las cuestiones suscitadas respecto del dominio sobre las regiones antárticas se en-

cuentran, como toda otra cuestión de dominio internacional, dentro de la órbita del Derecho Internacional Público. Pero, tratándose de las cuestiones relativas al dominio del llamado cuadrante americano de la Antártida es preciso acudir a normas más especiales que son las que constituyen las expresiones americanas del Derecho Internacional. Y, finalmente, tratándose de regiones para las cuales el mismo derecho ha creado normas de excepción, es necesario remitirse a ellas, como derecho especialísimo, para, a su luz, enfocar los problemas aludidos.

Según el Derecho Internacional tres serían los modos que se podrían aplicar para la adquisición del dominio en las regiones polares: la accesión, la ocupación y el descubrimiento.

La accesión es considerada dentro del Derecho Internacional como un modo de adquirir, aunque de segunda importancia dada su escasa aplicación. Pero, tratándose del dominio polar numerosos autores precisan que podría tener importancia para determinar ya bien un derecho irrefutable de dominio para los países respecto de los cuales pudieran ser una prolongación, o bien, un derecho presente ante las pretensiones de otros países no vecinos.

El segundo de los medios enunciados, la ocupación como medio de adquirir el dominio sobre un territorio, en la opinión de los tratadistas modernos no es un medio conducente a la adquisición del dominio polar ya que, en estas regiones no es posible cumplir una de las condiciones requeridas para que opere la ocupación efectiva acompañada de colonización, establecimiento de centros poblados permanentes a través de gran parte de la extensión ocupada, y de otros signos externos que demuestren en forma evidente dicha ocupación.

Finalmente, el descubrimiento como modo de adquirir el dominio territorial respecto de territorios que no sean polares y que da al Estado descubridor un derecho efectivo sobre los territorios descubiertos por el hecho de seguirse una ocupación real, no es tampoco aplicable al caso de los polos ya que no podría seguirse una ocupación que revistiera las características que el

Derecho Internacional señala para el caso de territorios no polares. Por otra parte, las diversas exploraciones realizadas a las regiones polares han constituido más bien actos de investigación científica las que de ningún modo pueden considerarse como medios para la adquisición del dominio.

Ahora bien, el acompañar los actos de descubrimiento con declaraciones unilaterales dando a conocer a las naciones el perfeccionamiento de una adquisición del dominio no es, ni podrá ser jamás un medio jurídico creador de derechos.

Esbozados los medios que el Derecho Internacional señala como aptos para la adquisición del dominio terrestre es posible afirmar que ninguno de ellos es suficiente para la adquisición de territorios polares. La accesión, por la distancia a que se encuentran los territorios más cercanos a la Antártida; la ocupación, por la imposibilidad que existe de reunir los requisitos que para ella señala el Derecho Internacional y, el descubrimiento porque debe ir seguido de aquélla.

En definitiva, es preciso recurrir a los principios que se han venido creando en torno al problema del dominio polar y que denominábamos como derecho especialísimo.

Dos son los requisitos esenciales que este derecho especial para el dominio polar exige para su adquisición. Ellos son, la vecindad y la ocupación, revistiendo esta última caracteres totalmente diferentes que para el caso de ocupación de territorios no polares.

La vecindad, cuyo origen como requisito para el dominio polar se puede considerar ligado a la accesión, es el antecedente primero que la doctrina internacional ha señalado para la adquisición.

La vecindad es el único antecedente que confiere derecho preferente para ocupar un territorio polar. Y ello tiene su razón de ser en el hecho de que por la naturaleza misma de las regiones polares, son los países más próximos a ellas los que se encuentran más capacitados para una ocupación real.

Las conclusiones derivadas de la vecindad ha sido preciso llevarlas a la práctica a través de medios que de-

terminasen la relación entre los territorios polares y los países vecinos. Respecto al Polo Norte son seis países vecinos a los que la práctica internacional ha asignado sus respectivos sectores polares. Dentro de ellos, realizan sus actos propios de dominio.

La Antártida, siguiendo esta teoría, ha sido dividida en cuatro sectores o cuadrantes que corresponden a las masas continentales, y al océano Pacífico. En esta forma, la Antártida comprende los cuadrantes Americano, del Pacífico, Australiano y Africano.

Pero, respecto del sector americano y de la Antártida en general, el concepto vecindad se transforma en algo hasta cierto punto sui géneris, ya que las distancias que la separan de los continentes vecinos son enormemente superiores a los que separan al Polo Norte de las masas continentales. Pero, al mismo tiempo, es necesario aceptar que a pesar de la distancia, deben considerarse países vecinos los que realmente se encuentran más cerca de territorios antárticos, y de ningún modo aquellos que enfrenten con algún sector antártico, ya que en esta forma se burlaría el concepto de vecindad y sería más difícil la ocupación real.

El segundo antecedente de la adquisición del dominio polar y que reafirma el primero de vecindad, es el de ocupación, tomado en el sentido que para los territorios polares ha señalado la práctica internacional.

En efecto, se decía que el concepto de ocupación, en el sentido aplicable a los territorios no polares, era imposible hacerlo extensivo al dominio de los polos. Pero, es la ocupación exigida en una u otra forma la que va a confirmar definitivamente una situación de hecho, cual es la vecindad.

Y esta ocupación, según la jurisprudencia internacional, es preciso que sea adecuada al terreno que se ocupa y a sus condiciones, existiendo, por parte del ocupante, la intención soberana expresada en el ejercicio de su autoridad.

Por último, un principio incorporado a los llamados expresiones del Derecho Internacional en América, tiene una aplicación importante respecto del cuadrante americano. Es este principio el del *uti possidetis*, cuya

aplicación, según veremos, beneficia directamente a Chile.

Enunciados someramente estos principios y reglas, es preciso estudiar a su luz los diversos títulos que hacen valer los países que alegan derechos sobre la Antártida americana.

En primer lugar, estudiaremos los títulos invocados por Chile para hacer valer derechos sobre la Antártida.

Respecto al primer elemento para invocar derechos polares que hacen valer los juristas, la vecindad; Chile es el país más austral del continente, y aunque la distancia que existe entre la isla Diego Ramírez y la isla Smith de las Shetlands del Sur es de más o menos 400 millas náuticas, es la mínima que hay entre un país americano y el cuadrante antártico americano.

Al elemento vecindad es preciso agregar, íntimamente relacionado con éste, un antecedente geológico. La tierra de O'Higgins (llamada antes tierra de Graham) y las islas Shetlands, constituyen la continuación de la cordillera de los Andes —Antartandes—, con cuya parte occidental, se asemejan totalmente, a juicio de los geólogos que se han dedicado a los estudios antárticos.

El segundo de los elementos, la ocupación real y efectiva a través de actividades proporcionadas a las posibilidades mismas de ocupación, ha sido desarrollada por Chile, y no sólo por chilenos en calidad de particulares, sino que autorizados expresamente por el gobierno de Chile, a través de la actividad pesquera, la que, de acuerdo con la jurisprudencia internacional, constituye en la época actual una, sino la única, forma de ocupación de los territorios polares.

Y fueron las autoridades continentales las que autorizaron y dieron concesiones pesqueras por medio de decretos al igual que para las concesiones a lo largo del mar territorial.

Si hoy día se han establecido bases permanentes, las que sólo podrían significar pruebas constituídas con posterioridad al apareamiento de los problemas, ellas no tienen otro carácter que el de significar un robustecimiento de derechos existentes desde los primeros tiempos de la conquista, bases que no fueron instaladas jun-

to con los primeros actos de dominio, pues ellos no las requerían, ya que para las actividades pesqueras, que sólo pueden ser realizadas en un período corto del año, bastaban instalaciones provisorias.

Estos antecedentes, que si no han sido ilustrados con ejemplos ni con la enumeración de los actos administrativos chilenos por la publicidad que se les ha dado en estos días, hacen reunir para Chile la totalidad de los elementos que la jurisprudencia internacional ha exigido en los casos relativos al Polo Sur.

A ellos es preciso agregar los que denominábamos antecedentes especialmente americanos:

El principio del *uti possidetis*, en virtud del cual cada país americano continuaba poseyendo al momento de su independencia, la extensión de los territorios asignados administrativamente por la corona de España.

En conformidad a este principio, incorporado al Derecho Internacional Americano, los territorios antárticos pasaron a Chile después de 1810, por haber pertenecido a la corona española dentro de la división administrativa correspondiente a Chile.

Fuera de las concesiones otorgadas a conquistadores y gobernadores de Chile, sobre el territorio antártico, de las reales cédulas referentes a exploración de estos territorios, mapas de la época y demás antecedentes que acreditan el dominio que tuvo España sobre esas regiones, existen antecedentes de índole histórico y administrativo que acreditan el dominio de Chile durante el siglo XIX.

Todos estos antecedentes, unidos al cumplimiento de parte de Chile de los requisitos que exige el moderno Derecho Internacional para asegurar el dominio polar, dan a Chile, títulos irrefutables sobre la Antártida.

Por decreto N° 1747, de 6 de noviembre de 1940, se fijaron los límites de territorio antártico chileno en el cuadrante americano. Dicho territorio abarca todas las tierras, islas, islotes, arrecifes, glaciares y el mar territorial respectivo dentro de los límites del casquete constituido por los meridianos 53° longitud Oeste de Greenwich y 90° longitud Oeste de Greenwich.

Frente a la dictación de este Decreto, la República Argentina, interesada también en la región antártica, hizo reserva de derechos.

Argentina hace valer, en consecuencia, derechos sobre los territorios antárticos, incluyendo en éstos los encerrados dentro de los límites que indican el Decreto 1747, citado.

Las condiciones jurídicas argentinas frente al problema, son los siguientes. Respecto al elemento vecindad es indudable que el territorio chileno continental se encuentra a una distancia mucho menor de la Antártida que el argentino. Es verdad, sí, que Argentina, en la parte del cuadrante americano que no queda encerrada en el decreto de fijación de los límites del territorio chileno, es el país más cercano a la Antártida después de Chile.

Por otra parte, los antecedentes de orden geológico favorecen a Chile, por la semejanza que tiene la tierra de O'Higgins con la parte occidental de la cordillera de los Andes y por la semejanza climatérica del sur de Chile con la Antártida.

En cuanto al elemento ocupación, Argentina sólo lo ha hecho efectivo a través de bases de carácter científico que no participan de la naturaleza de una ocupación real, y, en ningún caso, ha concedido autorizaciones pesqueras que hayan dado a su ocupación un carácter económico.

Finalmente, en el orden americano, Argentina no tiene ningún título a su favor. En efecto, el Virreinato del Plata no tuvo bajo su jurisdicción ningún territorio antártico, y si bien después del Tratado de 1881 pasó a Argentina el dominio de la Patagonia y de parte de Tierra del Fuego, ello en nada afectó al dominio preexistente de Chile sobre la Antártida.

Y, para terminar con este estudio, toca analizar los títulos invocados por un país no americano, Inglaterra.

El concepto vecindad lo basan los ingleses en su posesión de las islas Malvinas. Prescindiendo de los derechos que pudiesen tener sobre dichas islas es posible objetar a simple vista las pretensiones británicas. Desde luego las islas Malvinas distan de la Antártida mucho

más que el territorio continental argentino y por ende del chileno. En segundo lugar, la ocupación, fuera de la de carácter científico, es muy inferior a la sustentada por Chile en actividades pesqueras, si éstas no son nulas por parte inglesa. Por otra parte, las Malvinas no pertenecen al sistema geográfico de los Andes, sino que son fragmentos, o del territorio brasileño o del africano, situación que no hace aceptable considerar los territorios antárticos como dependencia de las Malvinas.

Los títulos que en el hecho invoca Inglaterra no corresponden a los que, según tuvimos ocasión de ver, la jurisprudencia internacional considera con fuerza suficiente para adquirir el dominio polar. Estos títulos son, el descubrimiento y las Letras Patentes de 1908 y de 1917, de carácter unilateral, que consideran a la Antártida como dependencia de las islas Malvinas. O sea, los títulos invocados favorecen ampliamente a Chile, ajustándose a los requisitos que el Derecho Internacional exige. Los derechos argentinos son, por otra parte, y en el sector comprendido entre los meridianos 0° y 53° de latitud, preferentes a cualquier otro país. Los demás derechos invocados no tienen a la luz de estos preceptos, ningún asidero jurídico.

EN TORNADO A MARITAIN Y LA FILOSOFIA ESCOLASTICA

En el número de enero del año en curso de la revista "Política y espíritu", editada por el movimiento falangista chileno, don Jaime Castillo Velasco publica una respuesta a los artículos escritos por mí sobre la personalidad filosófica de Jacques Maritain, en los números 174 y 175 de "Estudios". Como en dicha respuesta se formulan graves acusaciones contra mi modo de proceder respecto del pensador francés, y lo que es más aún, se deslizan crasos errores filosóficos, me veo obligado en conciencia a responder a aquéllas y a rectificar estos últimos, en defensa siempre de los fueros de la verdad. No conozco al señor Castillo; pero calculo, por el tono de su trabajo, que debe de ser persona de muy poca edad, y que, en consecuencia, sería nada más que un niño cuando salí yo de mi patria chilena hace ya ocho años exactos. Lo deduzco del tono mismo de su estilo, que lleva la marca de un espíritu puesto sólo en contacto reciente, y, por lo mismo, no familiarizado todavía ni connaturalizado con los grandes problemas de la filosofía. Esto debe tenerse en cuenta para no juzgar, con excesiva severidad, las muestras que, en la publicación referida, da de su ignorancia; o, si este vocablo parece demasiado fuerte, de su superficialidad; aunque, claro está, ser superficial es ya una manera de ser ignorante. Por mi parte, procuraré ajustarme, en las observaciones que muy luego he de desarrollar, a esa condición suya de simple aficionado a la filosofía, tratando de hacer uso de la mayor benevolencia posible al llegar el momento de rectificar sus errores. No se le puede exigir a un aprendiz lo mismo que a un veterano. En mi contrincante sólo puede resultar extemporáneo lo que provoca indignación en un espíritu avezado al cultivo de la especulación filosófica como es Maritain.

Pero antes de seguir adelante, quiero prevenir una posible y aún probable objeción: ¿Cómo es que en los

momentos actuales me encuentro yo en una posición ideológica diametralmente opuesta a la de Maritain, cuando en mis tiempos de residencia en Chile, pasaba por uno de sus más fervorosos admiradores? Creo que el fenómeno en sí no tiene nada de excepcional, hasta el punto de que, bajo cierto aspecto, podría considerársele como la expresión de la más estricta normalidad. Es un hecho que Maritain ha tenido un influjo enorme en mi formación intelectual. En otros tiempos —exactamente desde mil novecientos veinticinco hasta mil novecientos treinta y ocho, es decir, durante un espacio de tres años— constituyó él para mí una de las figuras máximas del tomismo, y más en general, de la escolástica contemporánea. Sus cualidades de escritor y la forma novedosa en que exponía las tesis más genuinas del gran doctor medieval, captaron mis más ardientes simpatías. Eso no quiere decir, sin embargo, que ya en esa época, no se fuera debilitando paulatinamente el imperio que ejercía sobre mi espíritu. Recuerdo con perfecta claridad cómo la sacudida intelectual que significó para mí la lectura de *Art et Scolastique* y de *Frontières de la Poésie* se fué transformando, en el curso del tiempo, hasta terminar en un estado vecino a la más absoluta indiferencia. Es natural. A medida que cada cual va creciendo en cultura y formación intelectuales, crece también el módulo según el cual quiere calcular las dimensiones espirituales de sus semejantes, por cuya razón el cociente, que en este caso, no se halla constituido sino por la categoría, que a nuestros ojos resulta poseer la personalidad analizada, va disminuyendo, así mismo, a la par. Cualquiera que haya sabido, por experiencia propia, lo que es cultivo del entendimiento y del espíritu, tendrá que recordar también cómo, en los comienzos de tal labor, le produjeron honda impresión personas, obras y cosas que más tarde le dejaron perfectamente indiferente. Pues, en mi caso, no se trata más que de eso; es decir, de un fenómeno dotado de todas las características de persistencia y reiteración de una verdadera constante psicológica.

Y entremos en materia.

I

El señor Castillo insinúa en su trabajo que habría podido yo tratar, por mi parte, de plantear el problema de la *Philosophia perennis*, dado el carácter "atrevido e inquietante" de la afirmación hecha por los tomistas en pro de su propia doctrina, a la cual consideran "como una verdad filosófica en sí, absoluta y permanente, capaz de progresar, enriquecerse y asimilar las ideas de los restantes sistemas, sin contradecirse jamás"; agregando que incurro en el error que reprocho a Maritain "de tratar con ligereza, u ocasionalmente, temas profundos". Parece realmente mentira que no haya caído él en la cuenta acerca de los motivos determinantes de mi actitud. Porque es evidente que estaba fuera de lugar el plantear este problema a propósito de un filósofo como Maritain, convencido hasta tal punto del carácter perenne de que se halla dotado el tomismo, que llegó a condensar el programa de su vida intelectual entera, en la exclamación de ¡ay de mí si no tomistizare! Además, debo agregar que para mí cuentan y significan algo las enseñanzas de los Pontífices romanos, y que frente a las innumerables y cualitativamente abrumadoras decisiones de la Santa Sede sobre la doctrina del Doctor Angélico, sobre todo ante la afirmación —atrevida e inquietante, de seguro, para el señor Castillo— de Pío X, el cual declara que existe vehemente presunción de hallarse en el error los que, en asuntos de metafísica, disienten del Doctor Angélico, sería ridículo que yo, sacerdote católico, pusiera en duda la perennidad del tomismo. Eso sí que sería atrevido e inquietante. Por eso prefiero dejar los riesgos de semejante actitud por cuenta del señor Castillo. Dicha cuestión es de las que pueden ventilarse especulativamente, tal y como se pregunta Santo Tomás en el Art. 3º de la segunda cuestión de la primera parte de la Suma Teológica: *utrum Deus sit*; pero no hacerla descender hasta el campo de la polémica. Se polemiza sobre lo que es motivo de disentimiento; pero no sobre una cuestión en la cual los contrincantes están conformes. Por ese mismo empleo, también, argumentos de autoridad para demostrar al señor Castillo la im-

procedencia de sus deseos en este punto; porque es católico. Y aunque estoy convencido de que el valor objetivo de un sistema filosófico sólo puede demostrarse, ante filósofos, con argumentos específicamente filosóficos, también lo estoy de que, para un católico, ha de resultar eficaz el aducir testimonios emanados de la Autoridad Suprema de la Iglesia. Al no parar mientes en verdades tan sencillas, mi contradictor demuestra ignorar la actitud constante observada por Roma con el tomismo, lo cual constituye un grave vacío en su formación intelectual, tal vez nacido de esa presunta juventud, que ya apuntamos al comienzo de estas páginas. A no ser que se tratara de un caso concreto más de esa falta de sumisión a la autoridad eclesiástica, de que viene dando tantas y tan lamentables pruebas, desde hace algún tiempo, cierto grupo juvenil de católicos chilenos, lo cual sería, naturalmente, mucho más grave. . . . Así, pues, desde el momento en que Maritain se ha proclamado, de una vez para siempre, tomista en el más estricto sentido de la palabra, tengo perfecto derecho a juzgarlo desde el punto de vista de la doctrina de Santo Tomás, aunque al señor Castillo le parezca extraño.

• El señor Castillo afirma luego que mi propósito era “demostrar el escaso valor filosófico de Jacques Maritain y la incapacidad de este filósofo en lo que concierne justamente a la renovación del tomismo”. En estas palabras se encierra un lamentable equívoco, hijo de la superficialidad de mi contrincante. ¿Cómo podría pretender yo la renovación de una doctrina que estimo perenne? ¿No se ha percatado el señor Castillo de que con estas palabras contradice sus afirmaciones anteriores? Gracias a Dios, estoy perfectamente convencido de que el tomismo no necesita de renovación alguna, porque su verdad intrínseca le hace permanecer siempre actual y siempre nuevo. ¿O es que es posible que un organismo cualquiera llega a renovarse por el hecho mismo de que va creciendo? Más bien habría margen para afirmar lo contrario. De lo que se trata en este sentido es de hacer desarrollarse al tomismo, de ir actualizando las posibilidades inagotables contenidas en cada uno de los grandes principios formulados allá en el siglo XIII por

el Doctor de Aquino. Por esa razón no me cuento en el número de esos "renovadores" —así, entre comillas— del tomismo, que consideran al cristianismo como una mole de piedra. Pienso en el siglo XIII, sí, y pienso en él constantemente; pero no pienso sólo en el siglo XIII, como parece insinuarlo el señor Castillo. Pienso que, al igual del Cristianismo, debe corresponderle necesariamente al tomismo eso que el P. Francisco Marín-Sola O. P. denomina *evolución homogénea*, y que, junto con el P. Arintero O. P., no teme aplicárselo al propio dogma católico. Es decir, un proceso de crecimiento, por el cual se vayan diferenciando y poniendo de relieve sus varios aspectos, a la vez que afirmándose *ipso facto* su continuidad esencial. Si eso es lo que el señor Castillo llama *renovación*, conformes; pero debo advertirle que el término posee otro significado usual. Si es que ha leído verdaderamente las *Siete lecciones sobre el ser* y no se ha limitado al expediente tan socorrido de citas sólo de oídas, debió haberse fijado algo más detenidamente en lo que allí dice Maritain acerca del progreso por *ahondamiento sucesivo* dentro de la misma realidad y de sus diferencias con el que opera por *sustitución*. Es éste el que el señor Castillo pretende para la filosofía, separándose así de su mentor; en cambio yo, en este punto, estoy con Maritain y con la tradición de la teología católica toda entera.

Y con esto entramos al punto de la genialidad que, según mi contradictor, no está tratado con mucha elegancia por mi parte.

Es evidente que resulta imposible establecer frontera definida entre una inteligencia genial y una que no lo sea, ni yo tampoco lo he pretendido jamás. Desde luego, porque todo entendimiento humano, apurando bien los conceptos, se halla dotado de alguna dosis, por pequeña que sea, de genialidad. Pero la consecuencia que allí saca el señor Castillo, está desprovista de toda lógica. Porque, también, resulta imposible fijar exactamente la dosis de entendimiento necesaria para poder calificar a un ser humano cualquiera como persona inteligente y, sin embargo, llega un momento en que podemos afirmar con toda claridad la superioridad de un

entendimiento sobre otro. ¿Es que no podemos declarar acaso que Shakespeare, Cervantes, Goethe son geniales, y que Tamayo, v. gr., no lo es? Y, sin embargo, el señor Castillo tampoco podría situar exactamente la frontera entre ambas categorías de creadores, los geniales y no geniales, lo cual no le impedirá, de seguro, establecer jerarquías en este sentido. Pretender desconocer un fenómeno tan universal y constante, implica, sencillamente, una falta completa de conexión con la realidad o una evidente mala fe. ¿No ha pensado nunca el señor Castillo que cuando se califica de inteligente a una persona cualquiera no se pretende dejar establecido el hecho escueto de que se halla dotado de entendimiento, sino el otro, mucho más complejo, de que lo tiene en grado suficiente para descollar sobre la masa del vulgo? Porque en el primer aspecto, todos los hombres sin excepción, son inteligentes. Por lo demás, yo he empleado el epíteto genial en este segundo sentido, y todavía, en su acepción estricta, De poder creador. Ahora, en lo que se refiere a la importancia que doy a los grandes escolásticos citados en mis artículos, no he cometido la más pequeña exageración. Lo que pasa es que el señor Castillo confunde lastimosamente el valor o la importancia filosóficos con la novedad, o más bien, con la extravagancia. No se descubre por qué va a ser más original el que dice algo que jamás se había formulado antes que el que, sacrificando su posible amor propio en el ara de la verdad, se dedica a prolongar y enriquecer, con sus aportaciones personales, una doctrina estimada por él como beneficiosa para el entendimiento humano. ¿No estamos viendo constantemente cómo, incluso los filósofos, que a primera vista parecen los más originales y rebeldes, dejan amplio margen para poder fijar sus antecedentes intelectuales? ¿No es un hecho, acaso, que Hegel paga tributo a Kant, Kant a Berkeley, Descartes a Suárez y Gómez Pereira, y así, en mil otros casos diferentes? ¿Qué más da que el tributo sea declarado o encubierto? En todas estas conexiones, que van uniendo a los pensadores entre sí, no se puede descubrir más que un caso concreto del carácter social de la persona humana. Yo desafío a cualquiera a que me presente un pen-

sador, del cual no sea posible establecer su filiación intelectual y filosofía. Es una pura y simple petulancia querer identificar la categoría filosófica en sí, considerada con la dosis de novedad que una doctrina pudiere contener. Ningún gran filósofo ha querido ser original (suponiendo que la originalidad consista en diferenciarse de los demás por contraposición). Eso sólo ha constituido preocupación para los vulgares y arribistas. La categoría de la inteligencia humana se mide por el grado de su compenetración con la verdad. Es decir, con la Verdad. Esto es lo serio, lo digno, lo humano, lo cristiano. Lo otro, el afán de novedades es muestra de ambición vulgar y ramplona, además de anticristiana. Por eso, la posición de los grandes escolásticos en cuestión, es la única digna y acertada, porque es la del propio Santo Tomás. Este constituyó el organismo filosófico cristiano con todos los materiales legados por la tradición contenida en los Santos Padres. Aquéllos, se lanzan a desarrollar, a enriquecer el tesoro legado por el maestro. Ni rutina ni revolución. Ni sometimiento servil al pasado, ni rompimiento con él. La tradición viene así a identificarse con la evolución homogénea de los dos grandes dominicos ya citados. En la empresa nobilísima de buscar la verdad, la novedad se da siempre y exclusivamente por añadidura.

Por eso, Vitoria o Báñez, Melchor Cano o Suárez, para no citar sino comentadores, han contribuido en proporción mucho mayor al progreso del entendimiento humano que Descartes, Leibniz o Hegel. Si la historia de la filosofía se considera como la historia del enriquecimiento de la inteligencia, los grandes comentaristas escolásticos citados tienen que ocupar en sus páginas posición de primera línea. Al contrario, si se la considera como historia de las novedades u originalidades como tales, claro está que a dicha primera línea habrán de pasar, en desmedro de aquéllos, los pensadores que sólo hayan logrado, ante todo, la manifestación de su sentir personal. Resulta, en verdad, ridículo lo que dice el señor Castillo acerca del tomismo rígido. Ningún tomista ha podido ser más rígido que el propio Santo Tomás. Pues bien, ninguno más tradicional que él, como lo indica el Papa Juan XXII al observar, en la bula de canonización,

que por el singular respeto manifestado por su parte hacia los Padres de la Iglesia, mereció recibir en cierto modo el entendimiento de todos ellos. Ninguno, tampoco, tan cauta y decididamente innovador. Ya nos lo advierte Guillermo de Tocco, su biógrafo, que en él todo era nuevo: artículos nuevos, maneras nuevas, nuevas razones, luz nueva, opiniones nuevas, etc., etc. El señor Castillo confunde repetir con prolongar o adelantar, y de allí proviene que insinúa cierta pretendida oposición entre Cayetano y Juan de Santo Tomás, basada, según él, en el hecho de que, mientras la originalidad de Cayetano tiene un carácter parecido a la de Suárez y Vázquez —aducidos por él como ejemplos—, es decir, que es la de un pensador que se separa de Santo Tomás “en puntos importantes de Metafísica, sin perjuicio de seguirlo de modo muy cercano a lo literal en lo demás”, Juan de Santo Tomás sigue tan cerca de su maestro que ha merecido ser colocado por el cardenal González entre los tomistas rígidos. Desde luego, niego categóricamente que Cayetano se haya separado de Santo Tomás en puntos importantes de metafísica; eso sólo lo puede afirmar el que, como mi contrincante, no haya leído jamás al que ha sido calificado como príncipe de los tomistas y elegido por el propio Pontífice León XIII para figurar con sus comentarios en la edición crítica de las obras de Santo Tomás, ilustrando el pensamiento del gran Doctor en las páginas de la Suma Teológica. Por otra parte, Juan de Santo Tomás aparece como algo más que un mero repetidor, y el hecho de no apartarse un punto del pensamiento de su maestro, no significa, en modo alguno, que no lo haya explicado y enriquecido. Ahí están, como botones de muestra entre otros muchos, su concepto de la Lógica como ciencia propiamente dicha y el del doble movimiento, ascendente y descendente, del razonamiento inductivo. Pero eso sólo constituye los puntos más salientes de una actitud constantemente mantenida a lo largo de toda una vida. El señor Castillo cree que Maritain ha innovado tanto como los grandes comentaristas supracitados, y lo cree porque no ha leído a ninguno de ellos, lo que para el caso es igual, porque si los ha leído no los ha entendido. ¡Si basta comparar

textos para descubrir la inmensa distancia que media entre ellos y Maritain! Para disculparse, el señor Castillo me acusa de que yo quiero exigirle al filósofo la modificación de la gnoseología tomista. No, señor Castillo. Lo que yo le exijo es la explicitación —perdóneseme el barbarismo—, no la modificación del tomismo. Le exijo no que se desvíe —¡líbreme Dios!— sino simplemente que avance por el camino mismo que habría recorrido el propio Doctor Angélico de haber podido decirlo y escribirlo todo. Resulta francamente enojosa y ridícula esa confusión continua entre enriquecimiento y modificación en el sentido que a esta última palabra da mi contrincante. Sí, se trata, si se quiere, de una modificación; pero no de una modificación que llegue a desvirtuar la realidad modificada, sino, al contrario, que la perfeccione y la haga ser con mayor intensidad lo mismo que era antes, del mismo modo que la semilla no queda desvirtuada sino, al contrario, perfeccionada al convertirse en planta o árbol, o que la persona ve acentuada su condición de tal cuando pasa de la niñez por la juventud a la edad madura.

En fin, bueno es que sepa el señor Castillo que para poder darnos cuenta de si Maritain es o no tomista, y de si es más o menos creador y original que los grandes escolásticos del siglo XVI, no queda más remedio que leerlos a todos ellos, y, antes aún, al propio Santo Tomás. Mientras él no los haya leído se verá reducido a hablar acerca de este punto sin conocimiento de causa y por cuenta ajena.

Y dejemos ya este asunto para examinar las opiniones de mi contradictor acerca de mi posición en el problema del conocimiento.

II

El señor Castillo da una interpretación perfectamente equivocada del alcance atribuido por mí al conocimiento experimental. Como a través de las reflexiones que emite acerca de este punto puede descubrirse sin dificultad el desconocimiento más absoluto del problema, voy a entrar en ciertas aclaraciones que le ayudarán a

suplir su falta de contacto con las fuentes originales de la Filosofía escolástica y de su modalidad más perfecta que es el tomismo.

Para Santo Tomás, la experiencia es el conocimiento de lo singular en su condición precisa de tal. *Experientia est singularium* —la experiencia es de lo singular— afirma en sus Comentarios a la Metafísica de Aristóteles, libro I, lección 1ª, N° 22 de la edición Marietti. Pero este conocimiento de lo singular no se ciñe exclusivamente al plano del conocimiento sensitivo como cree ingenuamente el señor Castillo, sino que también se verifica en el del entendimiento. Y esto no es franciscanismo sino tomismo de la más pura estirpe. Y si el señor Castillo cree lo contrario, se debe pura y simplemente a que, como él no ha leído directamente a Santo Tomás, sino que, conoce su pensamiento única y exclusivamente a través de las obras del filósofo francés y de alguno que otro texto de filosofía escolástica moderna, no sabe que el gran Doctor afirma en la Suma Teológica que los ángeles, no obstante su condición de espíritus puros, separados por completo de todo contacto o relación real con la materia, poseen experiencia, o sea, están dotados de conocimiento experimental, porque conocen lo singular. Pero por si mi contrincante halla alguna objeción que poner a este argumento, por el hecho de tratarse en él de los espíritus angélicos, acerca de cuya naturaleza y propiedades no debe poseer más que noticias filosóficas muy rudimentarias, le aconsejo que lea (o se haga traducir) de la obra *De Veritate*, que es una de las llamadas *Quaestiones disputatas* del propio Doctor Angélico, el artículo 8 de la cuestión 10ª. Allí verá cómo Santo Tomás, preguntándose si el alma puede conocerse a sí misma por sí misma, es decir, utilizando como medio o determinante cognoscitivo su propia esencia, establece una diferencia entre el conocimiento relativo a la índole de su naturaleza y el que se refiere al hecho escueto de su existencia. Es de advertir que Santo Tomás habla aquí del alma individual, no específica, en su doble condición de sujeto y objeto de la actividad cognoscitiva. Pues bien, el gran Doctor resuelve la cuestión en el aspecto relativo a la existencia escueta del alma,

diciendo que para conocerse in actu, o sea, de modo actual, el alma necesita de sus actos. Pero —y aquí viene lo más interesante para nuestro propósito— de modo habitual el alma puede conocerse a sí misma empleando como medio o determinante cognoscitivo exclusivamente su propia esencia. De aquí resulta que el alma se conoce habitualmente a sí misma por sí misma. Pero como es el alma individual quien se conoce a sí misma y lo individual se indentifica, en este caso por lo menos, con lo singular, resulta también que se trata de un conocimiento de lo singular, o sea, de una experiencia. Queda así demostrado que el alma se experimenta a sí misma y que esta experiencia por verificarse mediante la sola esencia del alma es intelectual y no sensitiva, ya que es la inteligencia la sola facultad cognoscitiva que reside como en propio sujeto de inherencia en el alma (los sentidos residen en el compuesto). Todo esto, naturalmente, resulta, para el señor Castillo, de la novedad más absoluta, porque en Maritain y en el manual en que debe haber estudiado filosofía no se encuentra tratado este problema. De aquí proviene que con ligereza me haya tildado de antitomista y de bergsoniano. Es que, por mucho que se disimule la ingnorancia y se logre disimular bajo la retórica de una erudición aparente, llega un momento, que siempre es el menos pensado, en que sale a luz toda ella con fuerza inesperada, haciéndose así inútil todos los anteriores esfuerzos para ocultarla.

Por lo anterior queda así mismo demostrado que existe conocimiento creado e, incluso en el orden humano, sin intencionalidad, que es a lo que el señor Castillo quería dejar reducido al sólo conocimiento divino del cual no hablaba Maritain. Porque la unión entre la inteligencia y el alma, no obstante ser física, la diferencia de lo que acontece con la que se establece entre la misma inteligencia y cualquier objeto conocido extrínseco al sujeto cognoscente, llena todas las condiciones de la unión cognoscitiva. En otras palabras, lo que sucede es que la esencia del alma, por su situación respecto de su propia facultad intelectual, llena las condiciones de determinante cognoscitivo exactamente igual que la *species impressa*, porque al igual de ésta, es inmateral, y luego le está uni-

da de forma inmediata, y todavía, de modo mucho más estrecho, ya que la unión entre inteligencia y *species impressa* es contingente, mientras que la inteligencia y esencia del alma es necesaria. De este modo y contra lo afirmado por Maritain y creído a pie juntillas por mi contradictor, existe un tipo de conocimiento humano desprovisto de intencionalidad: el conocimiento habitual que logra el alma respecto de sí misma. ¿Qué tiene que ver esto con el bergsonismo? Se necesita ser ignorante en materia de filosofía para lanzar así afirmaciones a la ventura. Para saber si mi doctrina es tomista o no lo es, no le queda tampoco al señor Castillo más recurso que leer de primera mano a Santo Tomás y no tan sólo mediante las citas de los manuales o de las obras de Maritain. Resulta, por consiguiente, por lo menos aventurada su afirmación de que “contradigo al tomismo en alguna de sus tesis más elementales”. Lo que pasa es que el señor Castillo tiene un conocimiento completamente elemental del tomismo. En cuanto a lo de si consigo o no renovarlo, ya he dicho más atrás que Dios me libre de semejante propósito, y que una cosa es renovarlo y otra muy distinta adelantar por el mismo camino y análogos procedimientos por los cuales avanzó Santo Tomás. Por todo esto resulta también completamente extemporánea la explicación atildada y cuidadosita a la vez que elemental que da el señor Castillo de la doctrina escolástica acerca del proceso psicológico del conocimiento. ¡Pero, señor Castillo, por Dios! ¿Todavía no ha concluido Ud. de enterarse que el aspecto fundamental que he considerado yo en el conocimiento para hacer mis afirmaciones —de pura estirpe tomista todas ellas, contra lo que Ud. cree— no es el psicológico sino el epistemológico y metafísico? Tan precipitadamente ha leído mis artículos que llega a atribuirme exactamente lo contrario de lo que he dicho. “¡El hecho de que Maritain no la comparta —exclama textualmente el señor Castillo refiriéndose a la presunta tesis mía no tomista— se traduce de inmediato en la terrible certeza de que es un filósofo adocenado y vulgar!” Pues bien, en la página 44 del número 174 de “Estudios”, digo yo, también textualmente, que “no es Maritain uno de esos filósofos adocenados, etc.” La cosa, co-

mo se ve, resulta un poco fuerte. Estoy absolutamente seguro de que el señor Castillo no ha procedido con ánimo de alterar la verdad, lo cual no quita, sin embargo, que la haya alterado. Es preciso echar mano en estos casos a un mínimo de serenidad para que la pasión no nos desfigure y entenebrezca la mirada hasta el punto de hacernos ver, precisamente, lo contrario que tenemos ante los ojos.

El señor Castillo padece así mismo un equívoco en lo que se refiere a la intuición del ser. Equívoco que hubiera podido evitar si se hubiera fijado un poco más en el contexto de mi afirmación, en vez de tomarla aislada y separada de su ambiente. ¿Que la idea de ser está unida a la de esencia si operamos con la *abstractio formalis*? ¡Qué duda cabe! Aunque a este respecto más que la locución está unida, convendría usar la otra, más exacta de se identifica. Sí, señor Castillo; la idea o concepto de ser tiene un doble significado según se le tome como nombre o como verbo —*nominaliter sumptum* y *participialiter sumptum* que dicen los escolásticos—: el de esencia y el de existencia. Pero aquí no se trata de eso. Se trata de que mediante la *abstractio formalis* consigue el entendimiento humano llegar a la intuición de la esencia específica del hombre y de cualesquiera de las criaturas animadas o inanimadas que pueblan el mundo visible, y de que dicha intuición es, así mismo, eidética (a no ser que caigamos en el error de suponerla de orden puramente sensitivo). Sin embargo, habrá de existir entre ésta y la del ser alguna diferencia para el propio Maritain, ya que en la intención eidética del ser hace consistir él la calidad de verdadero metafísico. Aquí, señor Castillo, aunque Ud. no lo haya visto, surge un problema: por una parte, es evidente que hay muchos espíritus, según Maritain (y yo estoy de acuerdo con él en este punto), que siendo inteligentes hasta el punto, no extraordinario ciertamente, de lograr intuir esencias específicas del mundo sensible, no son metafísicos; o sea, no logran llegar a la intuición del ser. Quiere decir esto que existen diferencias entre ambas. ¿Las ha señalado Maritain? No; sino que se ha limitado a destacar respecto de ella una característica que las hace coincidir entre sí: la de ser

todas ellas eidéticas. No, empero, la que la hace diferir —a la del ser— respecto de la intuición de las esencias. Mi afirmación queda en pie: Maritain plantea un problema sin resolverlo, si es que no lo plantea precisamente para no resolverlo; Maritain no ha dicho —porque no quiso, no pudo o no supo— en qué se diferencia la intuición eidética del ser, de la intuición, también eidética, de las esencias. Por más que le dé Ud. vueltas al asunto, señor Castillo, le será imposible negar el hecho, evidente para cualquiera que no esté cegado por la pasión. Y tome en cuenta que, mientras Maritain no haya precisado las susodichas diferencias, no habrá llegado al fondo de este problema.

Por todos estos hechos era por lo que yo exigía una definición del conocimiento por parte del filósofo francés. No por afán pueril, sino precisamente porque el pensamiento maritainiano aparece en este punto vago, carente de fijeza, en cuyo caso, el mejor medio de salir de dudas es forzar a la definición. Además, resulta casi encantador el ver cómo el señor Castillo subestima el hecho propio de formular una definición. ¡Si para Aristóteles llegar a conseguir una buena definición constituía en cierto modo la finalidad suprema de la filosofía! Eso demuestra, entre otras cosas, el espíritu atolondrado y superficial de mi contrincante. No llega jamás a jerarquizar en forma acertada los diferentes aspectos de un problema cualquiera. Contra lo que él cree, de las obras maritainianas no se deducen en modo alguno con claridad lo que nuestro filósofo entiende por conocimiento. No existe un sólo pasaje en sus veintitantas obras en que se descubra la clara percepción por parte de él, del conocimiento en cuanto tal. Y una vez más le digo al señor Castillo que, en tanto Maritain no haya trasladado a las páginas de sus obras esa percepción, tendré perfecto derecho a suponer que no ha logrado captarla, sobre todo si, como sucede en este caso, en favor de esta suposición, militan graves razones fundadas en el giro mismo que da él a sus lucubraciones.

Quiero terminar respondiendo a una extrañeza perfectamente inmotivada del señor Castillo. Se admira él de que no haya tratado yo despacio lo referente al ob-

jetos de la filosofía moral y de que, en lo relativo al tema de la política haya guardado, yo también, el más completo silencio. Yo creía, francamente, que mi contradictor se habría dado cuenta de mis propósitos, desde luego, porque quedan manifestados de modo explícito en el primero de mis artículos, y, además, porque el giro de mis razonamientos lo manifestaba con suficiente claridad. Veo que me he equivocado. Aunque debo dejar constancia de que mi equivocación se debe a que la falta de visión del señor Castillo es de esas que supera cualquier pronóstico. La filosofía moral, señor Castillo, pertenece del mismo modo que la ciencia política, al orden práctico, y mis propósitos no eran otros más que demostrar que las deficiencias manifestadas por el filósofo francés, en el preciso orden práctico, arrancaban de su falta de vigor para llegar hasta la médula de la ontología de Santo Tomás. ¿Para qué insistir, entonces, en un punto que caía fuera del objetivo intentado? Tal vez si hubiera procedido en forma contraria, habría sido el señor Castillo el primero en reprochármelo, esta vez con sobrada razón. Parece que mi contradictor no se da cuenta de que es imposible tratar en un trabajo determinado, cualquiera que fuere, todos los puntos posibles e imaginables. No, señor Castillo. Sepa Ud. que una de las grandes virtudes en esta clase de actividades es la de saber limitarse y ceñirse estrictamente al tema, porque aquí como en todas partes, la unidad es la ley, porque la ley es el ser. Por consiguiente y contra lo que Ud. cree, mi actitud no tiene nada de curiosa. A no ser que, para Ud., resulten curiosos el buen sentido y la recta razón, de lo cual yo, naturalmente, no tengo la culpa . . .

Madrid, marzo de 1948.

EL PENSAMIENTO POLITICO DE BOLIVAR A TRAVES DE BASTERRA

En los años inmediatamente anteriores a la primera guerra europea se dió en el ambiente norteño de la ciudad española de Bilbao el hecho insólito en nuestra patria de que en una urbe fabril, dedicada a la explotación del hierro y a la industria de los Altos Hornos, se congregase un denso grupo de intelectuales que habría de revolucionar profundamente el vacilante pensamiento español. Dicho grupo, presidido por don Pedro Egillor, se reunía habitualmente en un café de la Gran Vía bilbaína y estaba compuesto por Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Rafael Sánchez Mazas y Ramón de Basterra. Con excepción de este último, más joven que los anteriores, y de Eguillor, que se limitaba a conversar socráticamente, todos los componentes de la tertulia habían publicado ya algunos libros muy discutidos en el ambiente intelectual de España y motivadores de polémicas, panegíricos e incomprensiones que eran comentados luego en el círculo amistoso de la tertulia donde se confrontaban ideas, se intercambiaban puntos de vista y se robustecía a la postre cada uno de ellos en sus peculiaridades intelectuales y temperamentales.

Uno de los temas más discutidos en estas reuniones era el de la perduración de la obra misionera y civilizadora de España en América.

El joven diplomático español, Ramón de Basterra, asistente asiduo a las reuniones del Lion D'or, se sintió obsesionado por la llamada de Ultramar y después de haber recorrido detenidamente gran parte de Europa — Francia, Bélgica, Inglaterra, Italia, Rumania, Alemania —, solicitó ser destinado a los Estados Unidos de Venezuela, donde compuso el más denso y definitivo de sus libros, "Los Navíos de la Ilustración", que es en principio una Historia de la Compañía Guipuzcoana de Navegación y de su influencia en los destinos de América.

pero que de hecho desborda con mucho estos límites y acaba por convertirse en un estudio completo sobre nuestro poco conocido siglo XVIII y en el más maduro exponente de la ilustrada ideología basterriana.

La obra está dedicada al estudio de los progresos del ideal de los magnates de la Ilustración en América y tiene que encararse lógicamente con el fenómeno de que en una única y apartada capitanía surgiese el grupo de hombres y se forjasen las ideas que triunfaron en la guerra de emancipación.

Basterra enjuicia sin prejuicios, pero con una gran simpatía humana, la actitud, ideales y formación del gran Don Quijote de América y afirma taxativamente que "Bolívar cumplió un formidable destino y que su sombra se proyectará sobre cientos de años", y aplica al fenómeno de la Independencia de América la tesis de Spengler relativa a la postrera etapa de toda Cultura y a su posterior conversión en Civilización racionalista.

"A las órdenes del espíritu roussiano se desenfundan dos espadas, la una la del corso Napoleón Bonaparte, héroe y genio, la otra la del hijo de Venezuela, Simón Bolívar, genio y héroe asimismo. Bolívar y Bonaparte son los dos brazos meridionales del romanticismo roussoniano que en la Historia de la civilización de Occidente establece la separación entre dos ciclos: el ciclo de la cultura, en la que la existencia se perfilaba en gran estilo dinástico con las tradiciones del barroco cortesano de Europa y el período de civilización postrera, en que la existencia del planeta, a base de organización blanca, pierde su línea y adquiere las uniformidades racionalistas del término".

Hay una modificación importante en Basterra, consistente en no considerar al Universo americano como una unidad independiente que no ha creado aún su propia expresión histórica, sino como una prolongación de las tierras en que ha tenido su origen la cultura fáustica del occidente europeo.

"El alejamiento geográfico en que se encuentra América del continente occidental, presta originalidad a sus movimientos. Sin embargo, los trágicos acontecimientos de la epopeya del Nuevo Mundo, constituyen un capí-

tulo de la historia de la raza blanca, lleno de proezas intelectuales y bélicas, que nacen de los manantiales del pensamiento y el heroísmo europeo.

Alía América con Europa en su alboreo independiente, un episodio de la Historia de España. Condición de lo humano, aun de lo más alto, es rendirse al tiempo y ser carcomido por la fatiga. Al acostarse en el vulgo la egregia Casa de Borbón, después de haber ido sobre él en volandas de ilusión hasta Carlos IV, y haber luchado tan divinamente por educar al popular, estaba la real Casa vacua de energía directora. La política exterior de Carlos IV, es tornadiza, inconsecuente y desorientada, hasta originar la discreta sonrisa de las cancillerías. En cuanto en su vecindad se constituye un poder fuerte, y cargado eléctricamente de inteligencia que es el napoleónico, el remedo de dirección del Alcázar español cuarteo y se desmorona. Las apariencias engañan.

Entonces es cuando Rousseau, a quien Melchor de Vogue, llamaba el "fenómeno histórico", halla su espada europea que roussonifica a Europa, es decir, que difunde el racionalismo civilizado, esencia senil de una cultura octogenaria, y Napoleón Bonaparte, después de cumplir en vías de hecho el mensaje roussoniano, riega el espíritu cerebral, senil, sobre la España antigua, país, en frase de Kant, de los antepasados. Las provincias españolas de América, parte integrante de occidente, permanecían ausentes del mensaje roussoniano. Cúmplense a la razón las misiones de Bolívar, y de San Martín, que derraman el espíritu roussoniano sobre las almas antiguamente sujetas, con amor primaveral, a sus príncipes. El proceso de la civilización ha quedado abierto.

¡Pobre patricio, ganado a la causa del ciudadano Rousseau! Pero hay hermandad entre el gesto de Bolívar y el de otros predecesores de culturas antecedentes. Para ciertos conservadores de París, con su "Acción Francesa", representados en los libros brillantes de Mario André, el acto de Bolívar es fortuito, pudo no acontecer, y aún a Rousseau, cabe vencerle con un pensamiento clásico ofensivo. El conservantismo alemán, representado por Spengler, va más lejos. Nos hace él ver que el príncipe Buda, recogiendo la causa de los parias, es el racionalismo uni-

versalista en que se agota la cultura india. El noble y riquísimo Platón, es ganado a la causa del villanchón Sócrates. Con el divino racionalismo socrático termina el ciclo ascendente griego. Buda, Sócrates y Rousseau, representan lo mismo: El último aroma del racionalismo universal, que da, antes de caer en polvo, la corola de una cultura. Bolívar cumplió un formidable destino y su sombra se proyectará sobre cientos de años.

Estamos en el ciclo racionalista y son de este período los hogares sin fuego, con hornillos eléctricos, los coches son caballos con motores mecánicos y el egoísta disfrute de la personalidad son trabas, son sujeción a padres, esposos e hijos. Esto que a los ojos cándidos del XIX parecía una novedad apetecible, el remate de una cultura, en efecto, lo es, pero no con apariencias apetitosas. Tales desintegraciones las conocieron en ocaso las culturas de Roma y de la China.

El alborada del racionalismo se llama la Ilustración. El movimiento de la Ilustración tuvo un político que no es otro que el Conde de Aranda, quien se anticipó a la desmembración del Imperio Hispánico, mediante la creación de monarquías americanas federadas a la española, y constituídas por príncipes Borbones. La ejecución del plan arandino hubiera afianzado la regeneración dinástica de Carlos III, quien demostró ser aquí inferior a sus destinos y en virtud de su reculón amedrentado fué el iniciador de la decadencia de su Casa, que tantos descalabros descargó sobre nuestras espaldas en días del séptimo de los Fernandos. Descartado Aranda fué necesario Bolívar”.

Aunque parezca paradójico, la conmoción de América empezó por sentimientos de fidelidad a España. Estando ocupada la metrópoli por las tropas napoleónicas los patriotas de ultramar fundaban juntas y cabildos encargados de la misión de conservar los derechos de Fernando VII y repudiaban la dinastía intrusa de los Bonaparte.

En realidad, se estaba gestando una época nueva y, como sucede casi siempre, sus directos creadores no tenían todavía una clara conciencia de la trascendencia histórica de sus actos. Había en todas las provincias

americanas un difuso afán de mejorar el estado económico de las mismas, pero este anhelo no pasaba, en la mayoría de ellas, del deseo de obtener un cambio administrativo o del intento de conseguir franquicias liberales. Eran muy pocas las regiones de ultramar que soñaban con la emancipación política y aún en éstas, ese sueño de algunos pocos hombres acomodados, chocaba con la oposición de la mayoría del pueblo que se sentía feliz con su sujeción a la monarquía borbónica.

La primera conmoción romántica tomaba en España forma política por medio de las Cortes de Cádiz, dando origen a mensajes en los que el espíritu liberal de los diputados de 1812, invitaba a los españoles de ultramar a aflojar los vínculos que los ligaban a la dinastía cautiva y "a considerarse elevados a la dignidad de hombres libres".

"A continuación, los liberales de España invitaban a sus hermanos en romanticismo de América, a enviar representantes a la asamblea deliberante peninsular con estas palabras: "Tened presente que al pronunciar o al escribir el nombre del que ha de venir a representaros en el Congreso Nacional, vuestros destinos ya no dependen ni de los ministros ni de los virreyes ni de los gobernantes: están en vuestras manos".

Dentro del ritmo biológico de la historia es imposible frenar las fuerzas desencadenadas, y una vez que los liberales del Nuevo Mundo habían sido invitados a regir por sí mismos sus destinos, era natural que no se limitasen a enviar diputados a unas cortes españolas sino que quisiesen tener su propio Congreso y gobernarse a sí mismos por sus propios medios. La monarquía había sido el lazo de unión entre los diversos fragmentos del Imperio y una vez que ese lazo perdía su valor mítico era natural que desapareciese la antigua unidad y se desparramasen las tierras que habían constituido el Universo Hispánico. Comienza entonces para las provincias de ultramar la época trágica, pero gloriosa de su independencia y sus luchas civiles que hacen pensar a Bastera en la fragilidad de la vida superior de los pueblos y en el peligro que acecha a la cultura en esa América

colocada, desde su cercenamiento, al borde del abismo de la lucha de razas.

“¡Pero, Dios mío, cómo es posible que los obligados a tener conciencia, no nos demos cuenta de este maravilloso hecho que es la paz? ¿Cómo no apercibimos que esta delicada creación de pensamiento de la vida superior está en América colocada al margen de un precipicio, que es el de terrible lucha de razas, y la pugna de los colores? Y entonces me pareció una vez más que la primera necesidad de toda alma responsable es mantener el primero de los bienes: el orden”.

Este orden había sido mantenido en América durante más de trescientos años por la monarquía española, pero ahora el Nuevo Mundo estaba condenado a una prolongada conmoción de la que había que surgir una nueva conciencia histórica.

La historia tiene sus exigencias y el ciclo de la civilización imponía inexorablemente un nuevo destino para las provincias ultramarinas del Imperio Español. Las clases ilustradas de América, cuya mentalidad había sido formada por los ideales de la revolución francesa, comprendieron claramente que había llegado el momento de recobrar el anhelo de finura carlotercesco y desearon realizar una confederación americana, que, extendida desde Tejas hasta Magallanes, estuviese regida por hombres imbuídos del espíritu de las luces.

“A la sazón estamos hallando las significaciones de Bolívar. Hay todavía una que apenas se ha dicho. Es la siguiente: Quien siga con amor la línea que el pensamiento español describe en el siglo XVIII, desde Feijóo hasta Jovellanos, siente caérsele las alas del corazón al presenciar que el afán de perfección que se denomina la regeneración borbónica, finaliza en malogro. El globo de ilusión mejoradora cae a tierra con el plácido Carlos IV, y se le agujerea y desinfla por el vulgo chispero con don Fernando VII. Los afiliados al movimiento hemos sido derrotados. La tradición del XVIII queda rota. Desearíamos ver morir nuestros corifeos de la Ilustración con la espada en alto, según corresponde a quienes estuvieron tan acreditados y tuvieron el gobernarle en manos.

En efecto, esto acontece. Simón Bolívar es el vengador de la Ilustración. La empresa de los Amigos del País era poner a España al tono del mundo. En el seno de la península el empeño fracasa. Pero la parte más espaciosa del Imperio, se niega a la sumersión en el tradicionalismo, mediante el inteligente arrojio de Bolívar.

Bolívar tenía toda la preparación de las luces del XVIII, ideal elaborado en Venezuela, con más intensidad que en parte alguna, por la Compañía Guipuzcoana. La revolución francesa suspende el desarrollo del organismo de pensamientos de la Ilustración, en la Corte española. Pero en los remotos valles del cacao americano, poso de los restos de la Real Compañía borbónica en América, la evolución no se suspende sino que siguen las ideas su curso, enfureciéndose, en vez de debilitarse, al pasar por los charcos de sangre de las degollaciones francesas. Don Carlos IV, dijo, en este punto. ¡adiós!, a la comitiva de "los filósofos", tan amada por su padre. Bolívar, el provinciano del rincón del cacao, sigue con el ideal a través del incendio y de la muerte. Así la separación de dos principios, favorece a la separación de dos geografías".

Bolívar no parte, para dar origen a su obra gigante, del instintivo afán popular, sino que actúa siempre en plan de jefe ilustrado que no puede ni quiere dejar que el azar o la no reglamentada actividad de las masas llegue a torcer el curso de su empeño. Sabe que sólo una minoría consciente puede dotar de una rectilínea dirección a las nacientes nacionalidades, y uno de sus primeros actos, una vez conseguida la independencia de parte de América, es organizar en el Nuevo Mundo unas sociedades de Amigos del País, semejantes a las peninsulares, a las que, como símbolo de la nueva estructura política de América, se les suprime el calificativo de real que encabezaba a las que medio siglo antes había fundado en España, Peñafloreda.

En la mente de Bolívar late imperiosamente el mismo ideal de la Ilustración que movió las velas de los navíos del cacao y sus más perspicaces actos de gobierno responden a su sólida formación humanista. No era demócrata en un sentido rutinario que confiase la difi-

cil dirección de los jóvenes países al azar de unas elecciones, sino que su amor al pueblo tomaba una forma paternal y soñó con dos grandes medidas —el Senado hereditario y el poder moral— que si hubiesen sido realizadas habrían ahorrado en América ríos de sangre. La primera de estas medidas no intentaba crear una nueva nobleza americana sino que lo único que se pretendía con ella era dotar al país de un plantel de ciudadanos competentes que fuesen educados desde la infancia para los asuntos del gobierno y que pudiesen en todo momento asumir la responsabilidad de los destinos de la patria. Bolívar defendía la necesidad de esta innovación, indicando que un Senado hereditario podría amortiguar los posibles choques entre el pueblo y sus dirigentes debido a que, por deber su misión directiva a la herencia y no a la elección, no se vería obligado a adular al pueblo para mantener su posición y no tendría tampoco que doblegarse a las exigencias de la Jefatura del Estado, porque ellos no serían nombrados, como los ministros, por el Jefe del Gobierno. Se evitaban así las espinosas dificultades de la elección y el nombramiento, pero los colaboradores de Bolívar, que no se hallaban a la altura ideológica del Libertador, no aceptaron esta sensata proposición por considerarla poco democrática.

La segunda de las medidas indicadas —el Poder Moral— tenía por objeto elevar el sentido de los nuevos ciudadanos y capacitarlos para servir a la patria en todo momento, no por imposición exterior, sino por íntimo convencimiento. Era —como indica don Rufino Blanco Fombona— “una especie de Tribunal de la Inquisición no para la fe sino para la moral social y aun privada”. El arisco espíritu individualista de la América Hispana echó también por tierra este sabio proyecto del Libertador y prefirió un triste destino de asonadas, motines y dictaduras, al paternal despotismo ilustrado que Bolívar proponía en su audaz intento de conciliar la democracia con el interés de la patria.

Cuando más grande se muestra el Libertador es en su concepción de altos vuelos de organizar una Hispano-América unida que pudiese servir de reguladora a la política universal. Odió las pequeñas patrias faltas de esta-

bilidad y desea crear una sola nación o —si eso es posible— un grupo de cuatro o cinco grandes repúblicas unidas entre sí por medio de pactos y que actúen conjuntamente en las lides internacionales. Nadie supo acompañarlo en su empeño y sus colaboradores prefirieron unas pequeñas naciones, víctimas de los imperialismos extranjeros, al sueño inmenso del Caudillo. Su Gran Colombia se fragmentó, por la ineptitud de Santander, y Venezuela, Ecuador y Nueva Granada iniciaron separadas su vida independiente haciendo así imposible la creación de un poderoso estado que controlando el Istmo de Panamá, se apoyase fuertemente en los dos grandes mares de América; Argentina perdió el Alto Perú, cuya desmembración tuvo que reconocer dolorosamente el propio Bolívar ante la inconcebible miopía de los dirigentes porteños cuya falta de visión hizo posible el nacimiento de Bolivia, Paraguay y Uruguay. La América Central se fragmentó en una cuantas republiquillas minúsculas, víctimas de la influencia yankee, y Méjico, desglosado del resto del continente, perdió cerca de la mitad de su territorio en conflictos armados con los Estados Unidos. Este triste destino de la América Hispana es el resultado de su oposición provinciana a los geniales designios del Libertador.

Bolívar se adelantó a Monroe en su afán de crear unos congresos hispano-colombinos que encauzasen la política conjunta de los países recién independizados, y deseó que América fuese de verdad para todos los americanos y no sólo para los norteamericanos, como parecían pretender hace medio siglo los imperialistas de la economía del dólar.

Bolívar no deseaba imitar nada de Europa, sino que sus concepciones políticas eran plenamente originales y buscaba el equilibrio de los continentes un siglo antes de que la primera guerra mundial convirtiese en realidad la influencia de los países americanos en el destino del mundo. El Libertador no se contentaba con hacer independientes a las antiguas provincias ultramarinas del Imperio Español ni siquiera con capacitarlas para repeler las agresiones futuras, sino que aspiraba a que su libre América se convirtiese en "la reina de las

repúblicas, la más grande nación de la tierra", encargada de servir de contrapeso a los posibles afanes imperialistas de cualquiera potencia europea y destinada a patrocinar una alianza continental que crease un nuevo sentido de la Historia frente a la Europa agresiva y decadente.

"Los menores detalles de la personalidad de Bolívar ofrecen alto interés, si se considera que, de igual suerte que Bonaparte, es el Sansón militar que derrumba las antiguas columnas del Sacro Romano Imperio, Bolívar es en América el Sansón que sacude y aterra la edificación del Imperio Católico".

Es realmente sugestivo intentar imaginar qué caminos habría recorrido el pensamiento de Bolívar antes que llegasen a germinar en él esas ideas geniales que se adelantan a las antiguas concepciones de su época y abren en América el ciclo de la civilización con la misma autenticidad con que Bonaparte lo inicia en Europa.

El caudillo genial recibió ya desde su infancia la influencia roussoniana y convirtió en capacidad de actuación las difusas doctrinas que en la mente de su primer preceptor, el psicópatico Simón Rodríguez, no pasaban de ser una panacea romántica inaplicable.

"Fue un niño consentido y mimoso, Simón, en su calidad de postrero de los hermanos, acostumbrando a los favores de Benjamín. El ayo de Simón fue el famoso insensato, lleno de talento, Simón Rodríguez, que, con la experiencia de sus veintiún años, desarrolla sobre la aristocrática criatura el maníaco sistema de Rousseau en su "Emilio", educándole en el "estado natural", y haciendo de su pupilo un nadador, un andarín, un jinete, nutrido de sofismas roussonianos. Al cumplir Simoncito los 14 años, Rodríguez se devuelve a Europa en 1797, y pasa el alumno a manos de un ayo clásico y maduro: don Andrés Bello. Bolívar, voluntarioso y despótico, mimado de niño, emponzoñado por el racionalismo delirante de Rodríguez, será ilustre víctima de romanticismo".

Simón Rodríguez, hombre de gabinete, soñaba, al igual que el sentimental filósofo ginebrino, con devolver al hombre a la Naturaleza y crear unas patrias pe-

queñas y gobernadas directamente por el pueblo. Bolívar, político y hombre de acción procedente de la selva americana, llega al ideal de Rousseau por el camino contrario y cree que lo que le hace falta a sus rudimentarios conciudadanos es un profundo acercamiento a las luces, que sin llegar a producir en ellos alambicamientos semejantes a los de la Francia dieciochesca, los aparten, no obstante, de los pocos creadores resabios de la vida instintiva. Prefiere, además, estados fuertes y no traiciona con ella al concepto roussoniano de la libertad democrática, porque sabe que para la verdadera democracia basta con el sufragio libre y secreto, aunque el pueblo tenga que ejercer su misión gobernante por delegación en personas capacitadas para la función directiva.

Terminada su educación juvenil, visitó Bolívar España y asistió de cerca a las burdas intrigas que emponzoñaban el gobierno del apacible monarca Don Carlos IV.

“El elevado ambiente en que el joven militar se movía en la Corte, hizo que fuera a estar relacionado en una aventura que doña María Luisa, con el donaire y desembarazo conocido, emprendiera con un paisano de Simón Bolívar, el colombiano don Manuel Mallo, que profesaba singular cariño a su joven amigo. Según parece, el militar mozo llegó una vez hasta cenar en la más grande intimidad con su Reina y el favorito de ésta. También residió el adolescente aristócrata en el Real Sitio de Aranjuez, donde fué presentado al Príncipe Don Fernando, luego su Monarca, con la designación de VII. El joven príncipe y el joven hidalgo, se desafiaron a un partido de pelota, curioso anticipo de la rivalidad en que habían de jugarse la suerte del Imperio Católico Hispano. En el curso del deporte, Bolívar dió, por descuido, un golpe con la pala en la cabeza del príncipe, que hubo de producir su enfado. ¡Simbólico anuncio del raptor de la mayor parte de su Corona!”

El sentimiento de desagrado que produjo en Bolívar esta primera estancia en Madrid, lo acompañó ya durante toda su vida y fué una de las causas que hi-

cieron nacer en él el deseo de salvar en América los ideales de la Ilustración. El futuro Libertador abandonó la capital de la Monarquía y pasó la mayor parte del año 1801 en la ciudad de Bilbao, cuna de sus mayores, y cuna asimismo de la señorita María Teresa de Toro y Alaiza con la que contrajo matrimonio en Madrid, en 1802, a los 19 años de edad, embarcándose a continuación para América.

La muerte de su mujer interrumpió al año siguiente esta felicidad conyugal y el joven viudo decidió entonces recorrer las capitales de Europa y completar en ellas su formación humanista, dilapidando de paso una buena parte de su fortuna.

“En la primera jira habíase conducido con prudencia, sus buenas costumbres remataron en matrimonio. La segunda es derroche byroniano de dinero y de energía. Certeramente define la divergencia, el propio Bolívar, en carta a su prima, Fanny du Villars (hija de una hermana del señor Aristeiguieta, cuyo mayorazgo posee el Héroe), a quien conoció durante su estancia en la capital de Vizcaya: “El pobre chico de Bilbao, tan modesto, tan estudioso, tan económico”, hoy es “el Bolívar de la Rue Vivienne, murmurador, perezoso y pródigo”.

En la indolencia y el sibaritismo, preparaba Bolívar el destino de América. Sus vehementes lecturas hacían de él un miembro de la cultura del Occidente, disimulado bajo las apariencias de un calavera de París y Viena. Por debajo de las frivolidades, había en Bolívar un auténtico temperamento de intelectual de primer orden. Lo que, finalmente, le interesaba en la vida era el resultado de las experiencias espirituales: un pensamiento, una frase de ingenio, un gesto magnánimo con que se impreca al destino. Así, pues, lo mismo que Lord Byron, podemos evocar a Simón Bolívar en Viena y en París, retirándose de una habitación por cuyo suelo ha corrido el champaña y mujeres hermosas, a recogerse en lo más silencioso de la morada, sobre una página de Rousseau o a fijar un pensamiento fugaz sobre la blanca pensativa de unos papeles”.

Es característica del espíritu de Bolívar la impermeabilidad a los accidentes externos que podrían haber mellado otra alma menos templada que la suya. La entrega a las solicitudes del momento no le impidió proveerse de una sólida cultura europea que se traspasarán más tarde en sus discursos y arengas políticas. El deseo de educar a los pueblos que había formado y su política abiertamente tolerante es una faceta de su sólida formación cultural. La moral y las luces son su gran preocupación y el mayor elogio que puede hacer de un hombre es decir que tiene "muchas luces" y su máximo deseo, elevar el nivel moral de las nuevas Repúblicas. Fiel a las reformas de Carlos III las continúa en América y funda en Lima las primeras escuelas normales del Nuevo Mundo, las de Minería en Bolivia, y encarga a su antiguo preceptor, don Simón Rodríguez, de reglamentar la Instrucción Pública en La Paz. Cree firmemente que la educación y el estudio puede mejorar a los hispanoamericanos y desea hacer la inmersión en la cultura de ese Nuevo Universo que él ha creado por sí solo.

"Apoyaba Bolívar su alma en una realidad que se cumple en los destinos de los pueblos y es la de que, al agotarse la capacidad de entusiasmos coordinados, que produce una cultura, ocurre fatalmente la dispersión de espíritus. Es verosímil que de haber existido a la sazón en Madrid una autoridad como la de Don Carlos III, capaz de embriagar con sus iniciativas los entusiasmos subordinados, aquel gran espíritu que era Bolívar, hubiera encontrado ocupación y asiento, en una obra de cohesión histórica. La causa de los separatismos es el natural y espontáneo deseo que los espíritus sienten ante las arrogancias de una autoridad, sólo de hecho y no de merecimiento, puesto que los espíritus de tal manera están formados que no saben inclinarse sino ante las excelencias de un mérito que, con su sola presencia, se impone. El generoso movimiento de mejora que fué el afán carlotercesco, terminó en la flojedad desorientada de sus herederos. Estos pensamientos históricos ceñirían a poco una espada de formidable castigo para los grandes errores de la dirección Fernandina. En esa es-

pada el carlotercismo humillado y vencido, en el seno interior de la península, iba a encontrar su providencial vengador. La espada de Bolívar es el recuerdo fatal de que la autoridad no puede detenerse en su cometido sucesivo de producir ejemplaridades y fuerzas de entusiasmo, capaces de ir dominando al porvenir por la violenta adhesión de los corazones y si aquel intento de perfección española, que impulsó al Conde de Pañaflores, se agota en el reinado de Fernando VII, como la irrupción de una fuerza de la Naturaleza, hace su aparición el mismo ideal en el acero dictador del Libertador americano".

Bolívar había jurado la independencia de América ante las ruinas ilustres de Roma. El acto es profundamente simbólico y el Caudillo logró realizarlo consumando un separatismo que la distancia geográfica y las nuevas singladuras de la Historia comenzaban a exigir con urgencia. Espíritu exaltado el del Libertador, atacó y demolió en este primer entusiasmo de su juventud e incluso llegó a negar el magisterio de Roma y la labor civilizadora de España. Se trata de una falta de visión disculpable por las pasiones que promovía la gran empresa en que se había adentrado, pero que el Libertador rectificó más adelante afirmando su tierna solicitud por España, cuna de sus mayores, a la que admiraba y amaba, a pesar de haberse revelado contra ella, por exigírselo así la evolución de la Historia.

"Como a tantas almas de talla, la acumulación histórica de Roma, le eleva a un panorama de destinos. Al igual de Aníbal que es el adolescente de un juramento, Bolívar, en el Aventino, consume el suyo. Embriagado por el racionalismo incipiente, liberal de vanguardia, entonces tiene ocasión de revelar su temporal incompreensión del hogar de la paciencia, de Roma hilandera de continuidades, amiga de la quilla y la rueda. Bolívar, al ofrecerse a romper las cadenas de América, juzgaba que Roma apenas había realizado faena "para la causa de la humanidad". La profesión de fe de 1805, alegaba por sus labios contra la Ciudad Eterna, el que "para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre, y para la perfectibilidad defi-

nitiva de su razón, bien poco (hizo), por no decir nada". El ritmo lento de Roma, se le escapaba. Aquel buey arador de la civilización de Occidente, Roma, que había roturado los campos bárbaros al Derecho, y había legado la razón universal del estiocismo de Marco Aurelio, no le entregó su secreto. Además, mal pudieron entenderse, cuando en el fondo, él iba a rebelar a América contra Roma, o sea, contra España, que era su lugarteniente. El dios de Colombia a quien invocaría en su delirio del Chimborazo, tenía ojos oblicuos, malayos, incapaces de gustar las claridades de los Foros.

Formamos en la legión de los deslumbrados por el genio boliviano. Ello no impide ejercitar las medidas, las normas, principios, ceremoniales y tradiciones, hilarería de continuidades. ¿Cómo vacilar del genio de Lord Byron? Con todo, le vemos atacar gravemente las leyes de la gravedad moral y sucumbir, en consecuencia. ¿Del genio de Bolívar, quién duda? Con todo, las fuerzas del realismo sumergen a la personalidad temeraria. Las bravatas byronianas son gemelas de las bolivianas. "Trescientos años hace, dice una vez Simón Bolívar, comenzaron las barbaridades de los españoles en el hemisferio de Colón". Esto al español que desciende de primogénitos, que no abandona la casa de España, le deja asaz indiferente, por no haber en la frase alusión a sus abuelos que no se desceparon por razón de infortunio. Pero la voz alude a los segundones venidos a hallar alimento en América, y más especialmente a la raza segundona de los Bolívar, la del Libertador, que se asentaron en territorio colombiano. "El saber de Humboldt ha hecho más bien a América que todos sus conquistadores", dice también en ocasión distinta. No se puede desdeñar a sus propios muertos con severidad más dura, cuando éstos, sobre todo, como en el caso de los Bolívar, eran verdaderos civilizadores. Su realismo, en otras ocasiones le permitía descubrir la realidad, con miradas propias, disipando los sofismas temerarios del Romanticismo. "La tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestros padres, en fin, todo lo que constituía nuestro porvenir, nos venía de España". Sentía, a intervalos, la continuidad de una cultura, im-

puesta en razón de superioridad y aludía entonces, al "principio de adhesión que parecía iba a ser eterno".

En una carta a José Joaquín Olmedo, fechada en julio de 1825, el Libertador agradece al poeta su canto por la victoria de Junín y hace gala de una asombrosa cultura literaria que llega al extremo de señalar concretamente y verso por verso, cuáles son los fragmentos endebles del poema y —hablando del Inca Huaina Capac, que hace su aparición en el poema para elogiar a Bolívar— afirma éste que "no parece propio que alabe a la Religión que lo destruyó; y menos parece propio aún que no quiera el restablecimiento de su trono por dar preferencia a extranjeros intrusos, que, aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio". Es decir, que Bolívar siente que tanto él como sus colaboradores, son herederos de los españoles que conquistaron América y no desea revivir anacrónicos regímenes incaicos sino crear para su mundo una organización política completamente nueva y desprovista en absoluto de antecedentes indígenas. Indica, además, que las únicas fuentes en que deben beber su inspiración los padres de la patria son la Historia de España, las leyes de Indias y el espíritu de los filósofos. Su creación es inédita, pero en su subsuelo se halla lo mejor del espíritu de la raza. El Libertador no vive desvinculado del pasado sino que lo actualiza con su sabia política e intenta salvar en América las más nobles conquistas del espíritu hispánico.

"Ocasión de otros estudios es la personalidad íntegra de Bolívar. Aquí no deseamos sino añadirle un toque. El Héroe nos sirve de testimonio de que los espíritus que condujeron los veleros pirenaicos, no se pierden, sino que son las luces que ilustran al creador de los destinos de América. Muchas finuras había en el alma de Bolívar que vinieron en las velas guipuzcoanas.

Desde la primera arboladura que abandona el puerto de Pasajes, hasta el postrer cartucho que se quema en la batalla de Ayacucho, se va cumpliendo una fatalidad histórica; realizase el proceso del racionalismo que nace tímido, balbuciente, amigo y bienquisto de la superioridad, que acrece, se vigoriza, sube a las eminencias

cias de la ambición, ve el pasado como a enemigo, mor-mojea, critica, finalmente le acomete, le apuñala, se traban en abrazo de pelea dos épocas, viértese la sangre, hay ruinas, y sobre el campo desolado, la razón pura finaliza por edificar la arquitectura independiente de América. En el cometido histórico, es un hecho que, desde el primer piloto de Guipuzcoa que se encara con los valles del cacao, hasta la figura que corona la cima del empeño, el Libertador, hay un organismo de esfuerzo, en que una idea, con la fatalidad de un astro, comienza a pestañear destellos, alegre con sus guiños, "las luces", se la saluda con su nombre de Ilustración, avanza hacia el planeta del pasado, tíñese de rojo, se le da nombre de Libertad, otros le sueñan aclamaciones de Progreso y, por último, ese cuerpo astral choca con nuestras construcciones de siglos, las reduce a pavesas y sobre un suelo de catástrofe, la vida torna a empujar sus espigas".

El antiguo Imperio Católico quedó hecho pedazos tras la explosión gigantesca de la obra boliviana y aunque el Caudillo deseó continuar en América el estilo tradicional del tallo de tres flores y organizar una gran confederación de habla española atenta al progreso ilimitado, no pudo controlar todas las fuerzas desencadenadas y creó —como expresaría Basterra en su último libro de versos— un nuevo Universo Hispano que está más allá de la planta y del ave:

“Bolívar recorrió con sus brazos el cielo civilizado.
Aquí fué licenciado el sol de las castas, el sol de los Felipes.
Aquí se precipitó la creación hispana más allá de los estilos
tradicionales del Ave y de la Planta,
del Ave de dos cuellos
con sus cuatro ojos vueltos a la honra
y el tallo de tres flores
aromando perfección terrestre”.

América inicia un nuevo sentido de la vida para lo hispánico y todos los esfuerzos que hizo Bolívar para reducir a momentánea unidad las tierras de habla española resultaron inútiles, pero ha dejado en todas sus creaciones el sello de lo colosal y tanto sus afanes como

su dicción, como su estilo literario, apuntan a sendas inéditas que él inaugura con su ímpetu demoledor de los restos muertos del pasado. "Su estilo es cesáreo, escribe a caballo", dice Basterra comentando una de sus arengas político-militares, y es que con el fuego de sus escritos hay un hálito bíblico que logra aliarse felizmente con una notable sagacidad política. Hace que todas las fuerzas de la América Hispánica —incluidos el clero y las sociedades económicas— se pongan al servicio de su obra y protege a la Iglesia, porque cree que para la mayoría del pueblo es imposible vivir de acuerdo con los principios morales si no hay una religión que le recuerde mediante la promesa de premios y castigos eternos, la obligación de someterse a ellos.

Después de haber sido destructor de todo lo que se oponía a su ideal, Bolívar se convierte en conservador de su obra y pone al servicio de ella su inmensa capacidad directiva. Su mentalidad —neoclásica por la sólida formación cultural, pero romántica por el ímpetu— aspira a síntesis de altos vuelos y logra hacer que los últimos años de su vida trascurren en una digna sobriedad creadora. El espíritu del Libertador evolucionaba rápidamente hacia un conservadurismo vigilante y si la muerte no nos lo hubiera arrebatado en el momento que era más necesario para la continuación de su obra, es muy posible que hubiese llegado a realizarse su sueño de una Hispano-América fuerte y unida, semejante en su robustez a ese bloque macizo y consciente de su destino de la Anglo-América nórdica.

Los últimos años del Caudillo se vieron llenos de amargos presentimientos y en uno de sus momentos de desilusión predijo que la triste herencia que le dejaba al mundo por él independizado, consistiría en tres siglos de guerras civiles. A los 47 años, agotado por las traiciones y por los padecimientos físicos, acabó su vida leyendo el Quijote y meditando la filosofía humana del libro inmortal. El, que había heredado todos los afanes quijotescos de la España eterna, se refugiaba para consolarse de la amargura que le producía ver incomprendidos sus ideales, en el mundo artificioso de las azañas del caballero del Ideal, y sollozaba como él al afirmar

que todos los afanes humanos no abren más brecha en la Historia que un arado en el mar.

“El porvenir del Nuevo Mundo, en sus diez años postreros, le aparecía cada vez más lóbrego, encrespado por las bullas. Entre sus comprensiones de la madurez y sus ademanes negadores de sus mocedades, aconteció un patético duelo que llena el ocaso doloroso de su vida.

Asentó sus días, el gran varón, por conformidad al ambiente de la época, en el individualismo. Al igual del grano de trigo que dió en peña, no levantó el Héroe espigas de Bolívares. Las realidades hispánicas le impidieron se diera en rey. Un pueblo no es sino granada de hogares. ¿Qué sino el acorde de un hogar sobre otros hogares es la monarquía? Bolívar no hizo lo de su gemelo el romántico de Europa, Bonaparte, más aproximado al realismo organicista.

¡Trescientos años de carnicería! Este era el porvenir que a los ojos de Bolívar abandonado de las postimerías, al mártir del sofisma romántico, presentaba el mañana de América. Entonces pronuncia su gran frase amarga, el sollozo que hermana con el de Don Quijote moribundo: “En los nidos de antaño, ya no hay pájaros hogaños”. A la sazón don Simón prorrumpe: “Los que hemos trabajado por la Revolución hemos arado en el mar”. El mar era la democracia pura, incapaz de continuidad, de reposo, de eficaz equilibrio. Las furias románticas, el erotismo, la prodigalidad, le persiguieron en cortejo de tragedia. El refugio es entonces —¡radicales hermandades!—, la casa de uno de “la maldita raza de los españoles europeos”, don Joaquín Mir —¡cuán vanas las palabras cuando la sangre hace su oficio! Arropado en la camisa de otro español de Europa, quedó el despojo mortal de quien fué dominador y poseedor de la mayor parte de América y que murió a los cuarenta y siete años, tísico y pobre, en alojamiento y con ropas habidas de prestado. Documentos prueban que los demócratas americanos se felicitaron por la pérdida del General peligroso. Lloramos su muerte los que sabemos que, en vez del caos angosto de las voluntades enanas, Bolívar, maduro, hubiera consagrado un orden anchuroso.

Así finó, con prestigio romántico, el Héroe, el Genio, que no quiso, como Goethe, alojar en la corporeidad de Sancho el ánimo de don Quijote”.

España puede sentirse orgullosa de que el Napoleón del Nuevo Continente fuese un nieto de españoles, amamantado en libros introducidos por nuestros navíos y educado por los últimos ecos de nuestro despotismo ilustrado. Pudo haber cabido a un indio o a un extranjero la gloria de haber creado las Nuevas Españas, pero la providencia eligió para esa obra ingente a un hijo de nuestra raza, troquelado con los últimos frutos del árbol macizo de nuestra cultura.

“Honra es Bolívar de la raza española. Pudo haber consumado la Independencia de las provincias del Imperio Hispano, un extranjero. Cabe que fuera un indio o un germano. Quien precipita el derrame del parto y resuelve que las provincias, sepultadas en el claustro materno del Imperio, salgan al aire y la luz externos, como naciones, fué un vástago de hidalgos de España, oriundo y descendiente del Pirineo hispano. Nos felicitamos de que él fuera elegido, para la tarea fatal y gloriosa. La lengua, la religión, la cultura, la casta, en Bolívar, eran españolas. Porque Bolívar significa la negación del espíritu particularista, del localismo angosto y el hormigüear de las “patriecitas”. A la manera de un romano, Bolívar ciñe a las tierras en horizontes intelectuales y no físicos. Su pasión era trazar unidades con la tolerancia de la geografía. La doctrina de Bolívar es la unidad de América; no es otra la estrella que guía sus pasos. La unión continental americana es una idea a la altura de su corazón dilatado. Unidad para él significaba un solo gobierno. El sueño unitario se cierne como nube constante en el azul del pensamiento boliviano. Redactando su carta de Jamaica, en 1815, ya le sonrío el designio de hacer una sola nación del Nuevo Mundo Hispano. En 1818, dirigiéndose al jefe del gobierno argentino, escribe: “Nosotros nos apresuramos, con el más vivo interés, a entablar, por nuestra parte el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo, con un aspecto de majestad y grandeza, sin

ejemplo en las naciones antiguas". Del sueño bajó a la acción, convocando el Primer Congreso de Panamá, en 1826. El intento fué acuñar jurídicamente la unidad de la América Española. "¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!"

Esta aportación de Basterra a la interpretación del pensamiento bolivariano, no pudo ser completada en un nuevo libro, debido a que en el mismo año de su regreso de Venezuela —1928—, el joven escritor vascongado murió a la edad de cuarenta años, sin haber podido expresar todavía en una forma sistemática su filosofía neo-spengleriana de la Historia, pero dejándonos en sus obras suficiente número de elementos dispersos para que críticos e historiadores puedan intentar exponerla.

La visión basterriana encaja de lleno dentro de su teoría de cancelación de las culturas y posee por lo tanto, un interés universal que no se limita al estudio de la grandeza de la obra ingente del Caudillo de América, sino que desciende hasta las raíces ocultas y nos hace comprender la fundamental necesidad de todos los grandes movimientos históricos.

Madrid, 1948.

ANTONIO MACHADO Y EL ORDEN

La obra de un poeta, además de lo que nos dice por sí misma, de los temas, cosas y horizontes que nos presenta, expresa siempre por añadidura la situación del espíritu de los hombres en el instante histórico en que se produce, bien sea en calidad de dócil reflejo de su época, o bien —lo que es propio del genio—, como guía o como reacción contra el rumbo general de las almas. Mas, la palabra “situación” implica, además del objeto situado, un punto o unas líneas fijas de referencia. ¿Situación del espíritu respecto a qué, pues? Naturalmente, respecto a lo único que puede dar sentido a la historia: a Dios. El devenir histórico de la cultura, no es sino la sucesiva construcción de unos órdenes espirituales, que el hombre alza movido oscuramente por su indigencia de Dios, presintiendo que el orden es la manifestación divina, la esencia de la creación, y, por ende, el camino hacia El, pero sin que su imperfección original le consienta la posibilidad de obtener un resultado completo, permanente, y válido para todos.

¡Más cuidado con la palabra “orden”! Porque nuestra empecatada época ha dado a las mejores palabras diabólicas peyorativas (Antonio Machado tuvo ya que decir “soy, en el buen sentido de la palabra, bueno”) y por “orden” suele entenderse sólo un orden parcial; por ejemplo, que no haya tiros por las calles y haya guardias que detengan a los criminales. Piénsese lo que ha venido a querer decir “gente de orden”: “los que quieren mantener una organización económica, aunque sea injusta”, en palabras de José Antonio. Ya Goethe contribuyó a la corrupción de este género con su célebre frase, tan burguesa: “Prefiero la injusticia al desorden”, como si la justicia no fuera simplemente un caso particular del orden, su manifestación en la conducta con el prójimo. No hay más que un Orden; los órdenes parciales sólo pueden llevar tal nombre si están orientados hacia él.

La poesía es una actividad ordenadora, por mal que esto suene a los atavismos románticos de nuestros oídos. En la visión informe de todo lo existente, mundo y propia vida, el poeta establece un sentido, que si no es sentido de salvación, de ir por la verdad más honda, es que se queda en pasatiempo intelectual. Mas, el grado de ordenación logrado en su visión de las cosas no es correlativo con el valor de una obra poética, entre otras razones porque la situación histórica da ya al poeta las cosas en un estado determinado, a partir del cual comienza él a operar. Y así, los dos momentos que pueden ofrecer más alta misión al poeta que en ellos viva, son el instante de haberse logrado una ordenación —imperfecta y eventual siempre, pero con carácter de cumbre histórica— y en el instante de estar-se llegando a los peldaños más bajos del caos. En el primer caso —Dante Alighieri— es menester que esa ordenación haya terminado de pasar por su cénit, viéndose ya con luz de tarde, pues la poesía habla de las cosas, porque las ve pretéritas, idas, incluso las presentes. En el segundo caso, puede ocurrir que se anticipe el poeta al último estallido del caos, dejando firmemente asentado, antes de que sea tarde, el único punto de amarre sobre el que luego, cuando se retiren las aguas del diluvio, se podrá construir otro nuevo orden, otra tentativa de aproximarse a lo eterno —y esto es lo que hace Antonio Machado—, o bien, puede el poeta lanzarse de cabeza a apurar el caos hasta sus últimas consecuencias, con camino, si se es sincero, para una nueva vida; y éste es el caso de ciertos poetas, antaño surrealistas y hoy de profunda religiosidad.

Vamos a exponer —o siquiera a dejar apuntados rápidamente, los fundamentos de nuestra tesis sobre Antonio Machado. Se hallan principalmente explícitos en sus prólogos y demás prosas, pues sería un contrasentido que dedicase sus versos a decir lo que debe ser sólo propina de la poesía.

Antonio Machado significa la reacción contra el subjetivismo, contra la reclusión del individuo en lo incomunicable de la persona, que da lugar al concepto romántico y burgués de poesía como expresión del yo

del poeta. "Lo que a usted le pasa, en el rinconcito de su sentir, que empieza a no ser comunicable, pronto acabará por no ser nada", dice en el curso de un texto sobre el que volveremos en seguida. Tal es el importante decisivo servicio de Machado al orden, al restablecimiento de la verdad original de las cosas: la poesía, o sea, la palabra eternamente naciente, no es expresión de lo individual, sino de lo genérico y elemental humano. Su razón de existencia es decir lo que interesa a todos y a todas horas. Bien claro se ve esto en el diálogo entre su apócrifo personaje Juan de Mairena y Jorge Meneses, inventado, a su vez, por Mairena, que conversan acerca de la Máquina de Trovar, creación de este último. Este aparato compone versos que expresan el sentimiento, nunca de un individuo, sino de una comunidad de hombres, "iniciando así a las masas en la expresión de su propio sentir". Dice Meneses:

...El sentimiento individual, mejor diré: el polo individual del sentimiento, que está en el corazón de cada hombre, empieza a no interesar y cada día interesará menos. La lírica moderna, desde el declive romántico hasta nuestros días (los del simbolismo), es acaso un lujo, un tanto abusivo, del hombre manchesteriano, del individualismo burgués, basado en la propiedad privada. El poeta exhibe su corazón con la jactancia del burgués enriquecido que ostenta sus palacios, sus coches, sus caballos y sus queridas.

..No hay lírica que no sea sentimental. Pero el sentimiento ha de tener tanto de individual como de genérico, porque aunque no existe un corazón en general, que sienta por todos, sino que cada hombre lleva el suyo y siente con él, **todo sentimiento se orienta hacia valores universales** o que pretenden serlo. Cuando el sentimiento acorta su radio y no trasciende del yo aislado, vedado al prójimo, acaba por empobrecerse y, al fin, canta de falsete... Un corazón solitario —ha dicho no sé quien, acaso Pero Grullo— no es un corazón; porque nadie siente si no es capaz de sentir con otro, con otros, ¿por qué no con todos?

Mairena. — ¡Con todos! ¡Cuidado, Meneses!

Meneses. — Sí, comprendo, Usted, como buen burgués, tiene la superstición de lo selecto, que es la más plebeya de todas. Es usted un cursi.

Mairena. — Gracias.

Meneses. — Le parece a usted que sentir con todos es convertirse en multitud, en masa anónima. Es precisamente lo contrario...

Para llegar a esta actitud, Antonio Machado ha recorrido un largo camino, liberándose de la atmósfera subjetivista de su época, hasta laborar decididamente por una edad futura "con fe y con épica". En el prólogo puesto en 1917 a "Soledades, galerías y otros poemas", para la Colección Universal, habla del tiempo en que escribió este libro —1903— y dice:

... Ningún alma sincera podía entonces aspirar al clasicismo, si por clasicismo ha de entenderse algo más que el diletantismo helenista de los parnasianos. Nuevos epígonos de Protágoras (nietzscheanos, pragmatistas, humanistas, bergsonianos) militaban contra toda labor constructora, coherente, lógica. La ideología dominante era subjetivista; el arte se atomizaba... Yo amé con pasión y gusté hasta el empacho esta nueva sofística... Pero amo mucho más la edad que se avecina y a los poetas que han de surgir, cuando una tarea apasione las almas... Sólo lo eterno, lo que nunca dejó de ser, será otra vez revelado, y la fuente homérica volverá a fluir...

No se trata, pues, de imitar otro tiempo, con sus características accidentales, fundando un medievalismo o un helenismo de guardarropía, sino de coincidir con otras épocas tan sólo en lo que tengan de aproximación a lo eterno; en este caso concreto, combatiendo para ello el individualismo que rompe la hermandad nativa y la comunicación de los hombres en Dios.

Y, además, este sentido lo tiene Machado como inherente a su condición de poeta:

No es el yo fundamental
eso que busca el poeta,
sino el tú esencial.

Sin comprender esto, resulta absurda la existencia de un poema como "La tierra de Alvargonzález", una narración objetiva, con vida propia, que se sostiene en pie por sí sola; una obra capaz de ser anónima, por primera vez en varios siglos. Nos explica el autor:

... Y pensé que la misión del poeta era inventar nuevos poemas de lo eterno humano, historias animadas que, siendo suyas, viviesen, no obstante, por sí mismas. Me pareció el romance la suprema expresión de la poesía, y quise escribir un nuevo Romancero. A este propósito responde "La tierra de Alvargonzález"... Pero mis romances no emanan de las heroicas gestas, sino del pueblo que las compuso y de la tierra donde se cantaron; mis romances miran a lo elemental humano, al campo de Castilla y al Libro Primero de Moisés, llamado Génesis...

Mas si por todo lo dicho fuera poco, aun queda otro filón intacto: la metafísica. El poeta inventa un filósofo, Abel Martín, al que hace responsable de un sistema metafísico que, a través de su constitutiva ironía, deja ver hondas intuiciones. Naturalmente, un poeta no podía meterse a filósofo, porque no podía tomar en serio, "a pies juntillas", su propio filosofar; y por esto utiliza el sistema de Abel Martín como alusión hacia una visión total suya, no filosófica precisamente. Abel Martín habla de la "esencial heterogeneidad del ser", de su "inmanente otredad". Hay en el ser un continuo desdoblarse, una tendencia hacia lo Otro, que hace del amor su propiedad primaria, casi convertible. Vemos, pues, que su oposición al subjetivismo tiene rango metafísico. La característica del ser, en vez del devenir, como en Heráclito, es el alterarse, el "hacerse y tender a lo Otro" el amor, de cuyo fracaso —inevitable en el hombre, como ente que no tiene en sí su propia razón— es hija la poesía. Aun no se ha llegado aquí a restablecer esta "otredad", este desdoblarse, como la necesidad de fundamentación de que el hombre y las cosas adolecen, o sea, su necesidad de Dios, pero ya está virtualmente contenido este resultado, y falta sólo que el tiempo lo vaya haciendo ver, revelando al objeto de su búsqueda al que iba "siempre buscando a Dios entre la niebla".

Madrid, 1948.

B A Ñ O D E R I O

Tanta brisa, tanto sol, tanta desmadejada espuma
en torno de un guijarro y a lo largo de la orilla.
Tantas alas y todo el aire en pos del mar.

Todo el alto silencio de la nieve,
aquí se vuelve canto, corola y vocerío.
Se arremansa en el recodo
y parece detener su impalpable figura.

Nuestros cuerpos se estremecen
en la frescura de su cielo,
y en los círculos crecientes del agua
se aligeran cadencias de burbujas
con leve percusión de arena.

El río se unifica en la memoria de su nieve.
Con su música despide el silencio de su origen.
Esa es su substancia:
Despedirse siempre para ser después.

R I O E T E R N O

Ya no ve a los cóndores beber
en los aéreos manantiales,
ni brisas elevarse sobre nieves.

Va pasando perdido de su cumbre,
entregado a la incesante alabanza
de su canto.

Sus orillas no deciden el camino,
por siempre separadas,
sólo señalan borde, lecho y curso
al sucesivo paso de ondas sobre piedras,
de corrientes sobre arenas,
y de esencias reveladas
en el sin fin de su armonía.

Cuando aparecen las gaviotas
amargas aguas penetran en su boca,
y sus márgenes se abren a los vientos.

Vedlo morir entonces
sin llegar nunca a su muerte.
Infinito se mantiene en lo movible.
Ardiente perennidad
por no cesar de darse.

Fiel nostalgia del principio
en inmensidad sumida!

Y tanta nieve y tan sostenida cadencia
tanto amor al fin devuelto!

DEL OCIO Y LA ETERNIDAD

● MARIA, PARA EL FIN.

En este año de 1948, la festividad de la Aparición de la Santísima Virgen en Lourdes, la más popularizada de las fiestas marianas, conocida hasta por los amantes del cine, coincide con el Miércoles de Ceniza. Este no volverá a repetirse hasta 1959.

No es en vano que el movimiento del tiempo provoque semejantes encuentros litúrgicos, para hacer más sensible a los cristianos cuál es el querer de Dios. Contemplar el comienzo de la Cuaresma con la conmemoración de una de las manifestaciones de María que tuvo consejos de penitencia, como en todas las otras de estos cien últimos años: Salette, Fátima, Hedde, nos parece que proyecta una claridad vivificante para estos días nuestros llenos de falsas luminarias, en que nadie quisiera pensar en el fin de todas las cosas ni en las exigencias divinas.

Para ilustrar estos presentimientos, he aquí la bella noticia que nos trae el cable, publicada con fecha sábado 7 de febrero:

Kaly. — Luxemburgo. — Tres niños informaron el pasado 1º de noviembre que tuvieron una visión de la Virgen María en la cuarta estación del "Camino de la Cruz", en el bosque, entre la aldea de Kayl y una capilla llamada "La Gruta del Minero". Los niños, Milly Winandi, de 10 años y sus dos primos Jean y Nicole Denter, han sido examinados por las autoridades y encontrados perfectamente normales. Desde que vieron a la Virgen por primera vez, la han visto algunas veces más. Los peregrinos que concurren a la gruta esperan pacientemente que se produzca la visión de la Virgen. Milly Winand y Jean Denter. Estos niños informaron que la Virgen había dicho que estaba cerca el fin del mundo y que las inundaciones en el Sarre y Lorena sólo eran el principio del fin. (Viene fotografías de los jóvenes videntes y de un grupo de peregrinos).

Para comprender estos fenómenos en algún sentido recto y con la creencia de que no se trata de ilusiones del demonio, recordemos las casi desconocidas palabras de San Luis María Grignon de Montfort, canonizado hace más o menos un año a esta parte, autor de un "Tratado sobre la verdadera devoción a la Santísima Virgen", donde se contie-

nen ideas verdaderamente proféticas sobre los últimos tiempos, fuera de las ideas centrales del libro y vinculadas a ellas.

“Esta ciudad que los hombres encontrarán al fin del mundo para convertirse y para saciar el hambre de justicia que tendrán, es la Santísima Virgen, llamada por el Espíritu Santo casa y ciudad de Dios.

“Por María comenzó la salvación del mundo, y por María debe consumarse; María no se manifestó casi en el primer advenimiento de Jesucristo. . . Pero en el segundo advenimiento de Jesucristo, María debe ser conocida y revelada por el Espíritu Santo, a fin de hacer por Ella que sea conocido, amado y servido Jesucristo. Las razones que movieron al Espíritu Santo a ocultar a su Esposa durante la vida, y a no manifestarla sino muy poco después de la predicación del Evangelio, no subsisten ya. Dios quiere, pues descubrir y manifestar a María como la más perfecta obra de sus manos, en estos últimos tiempos”.

Aquí el autor discurre varias causas para explicar esas intenciones divinas, entre otras, destacamos la cuarta: Porque “siendo (Ella) el camino por donde Jesucristo vino la primera vez a nosotros, lo será también cuando venga por segunda vez, aunque no del mismo modo”. En este libro se habla de que en los últimos tiempos, Dios suscitará con su Madre grandes santos, que excederán en mucho a los conocidos. Serán los apóstoles de los últimos tiempos, de los cuales se habla en las apariciones de la Salette. ¡Serán los tiempos del retorno de Enoch y Elías!

Con esa cita queremos hacer comprensible el hecho de una mayor ingerencia de María en el plan de Dios. Consideremos ahora los hechos de Kayl. Fijemos nuestra atención en el sitio en que se han producido. Se trata de un Viacrucis instalado en un bosque, algo parecido a lo que tenemos en Puerto Varas. La Virgen ha sido vista por los muchachos en la Cuarta Estación: El Encuentro de Jesús con su Madre.

La Virgen aparece en la cuarta estación, donde tenía que aparecer, según la tradición de ese ejercicio de piedad. Ahí está la Inmaculada frente al Abandonado del Padre, hecho hijo del Espíritu Santo por inconcebible “desorganización” divina, necesaria para salvar al hombre. ¡De tal modo amó Dios al mundo! . . . Ahí está la Inmaculada frente a la Suprema Penitencia que lleva todo el Pecado y toda la Maldad de los hombres. El encuentro de Jesús con su Madre ¿es sólo para hacerla testigo de la Pasión, o para que los fieles caigan en requiebros sentimentales al estilo de ¡oh Madre, oh hijo mío!? Nada de esto y alejémonos de esas puerilidades humanas ante tan prodigioso paso de la Pasión.

Digamos como preparación a este maravilloso cuadro que, como es sabido, toda oración puede tener efecto retroactivo, de tal manera que se puede orar para consolar a Cristo en su Pasión, por encima de todo sentimentalismo beato, con la presencia misma de los acontecimientos evocados, de un modo análogo a la Renovación del Sacrificio en la Misa y a causa de que el tiempo en la eternidad es un rollo que se estira o encoge en cualquier momento por obra de la Comunión de los Santos.

Señalemos que la historicidad de ese paso de la Pasión, nos es desconocida, pero la fuerza de la tradición, la existencia de la piedad del Viacrucis y las revelaciones de algunos místicos nos autorizan para contemplar ese misterio; las nuevas de Luxemburgo incitan a ello.

Ese encuentro que contemplamos se produjo para cambiar el curso de la Pasión en algún sentido que adquiere su plenitud en el Stabat Mater, al pie de la Cruz.

La Inmaculada fué concebida para que toda relación del hombre con Dios se modifique al vincularla a Ella. En la Encarnación modificó definitivamente la historia de la humanidad. En las bodas de Canaán vemos cómo "precipita" la vida pública de Cristo. Se hace evidencia así su importancia en la religiosidad de cada creyente. No hay santo canonizado que no tenga alguna relación mariana. Las sucesivas apariciones de María en los tiempos modernos deben ponernos alertas. Ella es una de las señales que habrá en la luna. Es el águila que ronda el cadáver. "Mirad y levantad vuestras cabezas"...

La modificación que el Encuentro de Jesús con María Inmaculada trae al curso de la Pasión tiene algo de misteriosa fase inicial, como es inicial litúrgica la ceniza del miércoles, al empezar la cuaresma, con el signo de la Cruz en la frente del penitente para que empiece su renovación, su cambio de mente o penitencia. Y la que lleva su cruz de penitencia personal, con toda voluntad y paciencia, el encuentro con la Virgen en su camino le vuelve realidad estas palabras: "Mi yugo es liviano y mi carga ligera". Entonces sucede que por la Mediación de María se empieza a llevar la Cruz de Cristo en vez de la propia cruz. "Mi yugo es liviano y mi carga ligera". El que no lleve su cruz no es digno de ser hijo tuyo.

Hoy no es posible hacer el oficio de estaciones como durante la cuaresma lo hacía la antigua comunidad cristiana de Roma. Se reunían con el Papa en una iglesia y se iba con él en procesión a la iglesia de estación. Allí se celebraba la misa y los fieles se representaban tan vivamente al santo de la estación, que parecían verlo en persona, presente en medio

de la asamblea de fieles". Pius Parsch insiste en su explicación: "Hay que ir más lejos todavía: La comunidad reunida contrae con el santo una unión mística; participa de la gloria de ese santo, y, en su persona, goza por adelantado en el Santo Sacrificio, del retorno del Señor".

Relacionemos este oficio de estaciones con el cuadro que se nos ofrece del cuarto paso de la Pasión, en cierto modo representado en la conjunción litúrgica que hemos tenido para este año y particularmente señalando en Kayl... Pero es más probable que este 11 de febrero sea mejor recordado por el fútbol.

Alfredo Lefebvre.

LA AGUJA DEL TIEMPO

● ¿QUIEN VIO MAS CLARO FRENTE A RUSIA?

Reproducimos dos textos que no necesitan comentario, porque por sí mismos hablan con aplastante elocuencia. El primero, fechado el 21 de febrero de 1943, es un memorandum del General Francisco Franco, jefe del Estado español; el otro, es la respuesta dada cuatro días después, por Sir Samuel Hoare, Embajador de Gran Bretaña en Madrid. Uno y otro exponen su punto de vista frente a la Rusia de post-guerra. El lector, en presencia de los acontecimientos corridos desde 1943 hasta el día, podrá juzgar quién tuvo entonces más clarividencia.

Las palabras de Franco son las siguientes:

“Nuestra alarma ante el avance ruso es compartida no sólo por las naciones neutrales, sino por todas aquellas gentes que en Europa no hayan perdido la noción de la sensibilidad y del peligro. El comunismo es una enorme amenaza para el mundo, y ahora que está apoyado por las armas victoriosas de una gran potencia, todos los que no estén ciegos deben despertar.

Si Rusia resultara triunfante en la guerra, creemos que la propia Inglaterra se sumaría a nuestra actitud, y acaso entonces no le parezcan exagerados nuestros temores de ahora...

Nosotros, que no entramos ni queremos entrar en la guerra, podemos ver los acontecimientos con gran imparcialidad... Si el curso de la guerra sigue inalterado, es evidente que los Ejércitos rusos penetrarían profundamente en territorio alemán... Si esto ocurre, ¿no será el mayor peligro para el Continente y para Inglaterra misma una Alemania sovietyada, que proporcionará a Rusia sus secretos y fabricaciones de guerra, sus ingenieros, sus técnicos y especialistas, dándoles la oportunidad de formar un Imperio fabuloso, desde el Atlántico hasta el Pacífico? En nuestra opinión, si hasta ahora ha sido Rusia el mayor peligro para Europa, debido a su totalitarismo comunista y su poderío militar e industrial, en los actuales momentos este peligro se acrecienta enormemente. Y preguntamos también: ¿Hay algún poder o potencia en el centro de Europa, en ese mosaico de naciones y razas sin consistencia ni unidad, desangradas por la guerra y esquilimadas por la ocupación, que pueda contener las ambiciones de Stalin? Evidentemente que no. Podemos asegurar que en esas naciones, después de la ocupación alemana, reinará el comunismo. Por eso consideramos la situación extremadamente

grave, y apelamos al buen juicio del pueblo británico para que reflexione sobre el particular, pues si Rusia ocupa Alemania, nada ni nadie podrá contenerla... Si Alemania no existiera, los europeos habríamos de inventarla, y sería ridículo pensar que su puesto pueda ser ocupado por una Confederación de lituanos, polacos, checos y rumanos, que rápidamente se transformaría en una Confederación de Estados soviéticos”.

He aquí, en cambio, la respuesta del Embajador Hoare:

“Agradezco mucho el Memorándum... Es razonable que expongamos mutuamente nuestras preocupaciones y temores. Espero demostrar nuevamente que esos temores no tienen fundamento alguno.

...Dice que el gran peligro para Europa es el comunismo, y que una victoria rusa va a traer como consecuencia el triunfo del comunismo en países europeos. Ello acarrearía la destrucción de la civilización europea y de la cultura cristiana. Nuestro punto de vista es totalmente contrario y diferente.

Veamos el argumento central de que una victoria rusa entregaría a Europa al comunismo y significaría el predominio ruso en Europa después de la guerra. ¿Pero es que una sola nación va a ser capaz de dominar a Europa después de esta guerra? Rusia, por de pronto, va a necesitar reconstruirse en gran escala, y dependerá de los suministros y apoyos del Imperio británico y de los Estados Unidos. Además, Rusia no ganará la guerra de un modo preponderante. El esfuerzo militar será común, y la victoria será de todos los aliados.

La situación probable al término de la guerra será, pues, la siguiente: grandes ejércitos americanos e ingleses ocuparán el Continente europeo. Estos ejércitos estarán dotados con las mejores armas de todas clases. Estarán integrados por tropas de refresco y de primer orden, que no se hallarán maltrechas y cansadas como las del Ejército ruso.

Me atreví a lanzar la profecía de que en este momento el poder militar más fuerte de Europa será, sin disputa, la Gran Bretaña... Consiguientemente, la influencia británica será, a mi parecer, la más preponderante que haya tenido jamás Europa desde los tiempos de la caída de Napoleón. Esta influencia será apoyada por un enorme poder militar... Con él mantendremos nuestra plena influencia en toda Europa y tomaremos parte en su reconstrucción.

No acepto, pues, la tesis de que exista un peligro ruso para la Europa de la post-guerra. Ni tampoco puedo aceptar la idea de que Rusia se lance al terminar la lucha a una política propia antieuropea”.

● **“PERDEREMOS LA PROXIMA GUERRA”, DICE UN GENERAL NORTEAMERICANO.**

En “The Sun”, de Baltimore, de 2 de enero último, el general H. H. Arnold ha dicho lo siguiente:

“Ganamos la última guerra. Será la última que ganaremos. Si tenemos otra, esta nación perderá. Perderemos y nuestro enemigo también, porque la victoria en la era atómica es imposible. Ninguna nación puede batir a otra hoy día. Ese concepto murió con Hiroshima. La guerra es como el fuego: se puede prevenir un incendio, o se puede intentar apagarlo, pero no se puede “ganar”, porque un incendio es destrucción.

Si combatimos a Rusia, lo mejor que puede suceder es obtener una victoria moral, lo que sería un pequeño confort a nuestros sobrevivientes, gateando por entre escombros quemados y chimeneas humeantes de una nación arruinada.

Por lo que no debemos, no podemos hablar de ganarle a Rusia. Aun si arrasamos con Rusia, nosotros podemos también ser arrasados durante el curso. La guerra en sí misma es vencer. Debemos hablar de ganar la paz. Debemos hacer la paz con todo el poder aéreo, con todas las máquinas, el dinero y los hombres que usamos para combatir a Alemania y al Japón. Debemos ser más fuertes que cualquiera otra nación del mundo, porque estoy convencido que nosotros somos de las pocas naciones del mundo que genuinamente deseamos la paz.

¿Dónde nos encontramos, entonces, en este momento crítico de nuestra historia? ¿Cómo es nuestro poder aéreo comparado con el de otros países, potencialmente aliados o potencialmente enemigos? ¿Somos lo suficiente fuertes para prevenir otra guerra?

Durante la guerra fui Comandante general de las Fuerzas Aéreas, fui responsable de dos millones y medio de hombres. Siento todavía una responsabilidad por esos hombres y creo que ellos desean conocer los hechos. Por eso quiebro un silencio de dos años para exponer francamente estos hechos. Cualquier enemigo potencial conoce nuestro poder y nuestra situación militar; los únicos que realmente no se dan cuenta es nuestra propia gente. La verdad fría es que al presente estamos tan mal, en un sentido militar, como estábamos en Pearl Harbor. Si viene otro ataque la primera racha vendrá desde el aire. Nuestra fuerza aérea podrá devolver el golpe con todo el poder que tiene. Podrá golpear al enemigo vacilantemente. Pero luego todo habrá terminado para nosotros. Hoy día nuestra Fuerza Aérea es capaz de un solo golpe. Sin la posibilidad de hacer una contra ofensiva sostenida, tendremos que rendirnos o ser aniquilados.

En el aire estamos un poquito mejor que una potencia de tercer orden. Tenemos alrededor de 3,700 aviones de primera línea en estado de volar, pero, más de la mitad han sido usados para entrenamientos y no están en estado de combatir. Tenemos otros 5,900 aviones de primera línea en bodega, pero para ponerlos en estado de combate transcurrirán tres a cinco meses. Además, recuérdense que para muchos de nuestros aviones de primera línea en operaciones, y para todos nuestros aviones en bodega el tiempo corre ligero. En pocos años los primeros quedarán fuera de uso.

Seguramente, se dice, pero tenemos la bomba atómica. Nos consolamos a nosotros mismos estableciendo continuamente que Rusia demorará tres, cuatro o cinco años para tener la bomba atómica dentro de una producción en masa. Pero, ¿se ha pensado alguna vez cuánto nos demoraremos nosotros para estar listos? Si comenzamos mañana mismo, a toda fuerza, nosotros demoraremos varios años para adquirir todo nuestro poder combativo.

Todos los planos y todas las máquinas que usamos en la Segunda Guerra Mundial, estaban en producción actual en la época de Pearl Harbor, siendo que la producción aérea no llegó hasta su acmé sino en 1944. Cinco años nos demoramos hasta llegar a nuestro máximo poder aéreo. Y en esa época teníamos fuertes aliados que nos ayudaron para darnos el tiempo necesario. Nuestras fábricas nunca fueron bombardeadas por el enemigo. No hubo bombardeos atómicos que disminuyeran nuestra producción. Aún así nosotros simplemente lo hicimos: si nos hubiéramos demorado un poco más las bombas V-2 alemanas, habrían probablemente sido arrojadas y probablemente estaríamos peleando todavía. Nuestro margen de victoria fué tal vez solamente cuestión de semanas.

Cuando se rindieron los alemanes, la Fuerza Aérea tenía más de 43,000 aviones de combate. Lo que es más, había 14,000 pilotos de guerra y 21,000 pilotos de transporte muy bien entrenados, capaces de manejar nuestros aviones de bombardeo. Cuando Japón se rindió, teníamos 2,865 de las B-29 superfortalezas que molieron la economía de guerra japonesa a un estado de impotencia.

El poder aéreo norteamericano se sostuvo por un momento a esa altura magnífica. Entonces, cuando la guerra terminó, pero con la paz todavía para ser conseguida, se clamó por la desmovilización tanto en América como en el eco mundial. Ellos hicieron lo que los cánones enemigos nunca hicieron. Después de unos pocos meses, la precipitada desmovilización, redujo en tal forma la Fuerza Aérea, que ni un grupo quedó en pie de combatir.

Norteamérica ha comenzado a realizar que su parte en la victoria aliada, la ha colocado inevitablemente en una posición de líder mundial. Hemos comenzado a rehacer nuestra posición militar. Pero lo estamos llevando a cabo demasiado despacio para estar en seguridad. El mínimo requerido para la seguridad aérea de las naciones es una fuerza aérea en potencia de 70 grupos de combate, sostenida por el número necesario de servicios. Aunque la Fuerza Aérea fué capaz de activar 55 de estos grupos, al final del último hay fundamento para sostener que los 15 restantes están solamente en el esqueleto. Y el porvenir es aún menos alentador. La Fuerza Aérea podrá mantener, en 1948, solamente 40 grupos de combate —no mucho mejor que la mitad del mínimo requerido para la seguridad del país.

El cuadro no parece más brillante cuando miramos la producción aérea. La fuerza aérea permitida corrientemente es menos de 1,500 aviones de todo tipo para este año fiscal. Esto es justamente la mitad de los 3,000 nuevos aviones que la Fuerza Aérea ha establecido que debe procurarse cada año para defender nuestras costas.

Peor todavía que la declinación de nuestro poder militar es el deterioro del orgullo nacional. Nos estamos volviendo apáticos con respecto a la seguridad nacional. Dejamos que el Congreso corte drásticamente el presupuesto militar, se debate sobre entrenamiento universal, y dejamos que nuestra fuerza se debilite un poco cada día.

Estos son los hechos escuetos. No debemos perder tiempo; esta oportunidad de oro para rehacer nuestro poder militar no debe demorar. Será demasiado tarde si comenzamos después que somos atacados. Hay muchos pasos fundamentales que debemos caminar ahora para asegurar la pronta recuperación de nuestra posición primordial como la nación más fuerte del mundo. Esto debe ser resumido en cuatro puntos:

1. Una defensa nacional adecuada. — Debemos mantener un ejército, marina y aviación adecuados para acobardar cualquier agresor en potencia y como un poder actual para detener la guerra. Si viene una guerra, nuestra primera tarea debe ser la defensa de los EE. UU., sus territorios y posesiones. Después, la tarea de la fuerza aérea debe ser paralizar la capacidad ofensiva del enemigo por medio de bombardeos estratégicos. Esto dará tiempo para fabricar nuestras fuerzas de modo que podamos tomar la iniciativa.

Hecho esto, nuestra fuerza aérea debe lanzarse en una ofensiva estratégica a toda máquina para destruir completamente la industria y la economía de guerra de la nación enemiga. Completada esta face, nuestra fuerza aérea podría hacer

contacto con las fuerzas de mar y tierra para explotar los efectos de nuestra ofensiva y para establecer control sobre la nación enemiga.

Hoy día, nuestra fuerza aérea es inadecuada para llevar a cabo su tarea. No hay duda sobre el poder norteamericano en el mar, pero el poder aéreo está en un nivel peligrosamente bajo. Para dar a Norteamérica una defensa adecuada es preciso, ante todo, incrementar el presupuesto para Fuerza Aérea, de modo que pueda cumplir con su deber tal como se espera.

2. Preparación industrial. — El corazón y nudo de la guerra moderna descansa en la producción de la nación. Debemos inaugurar un programa de preparación industrial, es decir, dar todos los pasos necesarios para asegurar el máximo de rendimiento en el mínimo de tiempo en el caso que sobreviniera otra guerra.

3. Programas de reservas. — Debemos sostener un programa de reservas que haga capaz a nuestro ejército, marina y fuerzas aéreas de crecer rápidamente en un caso de guerra. El presupuesto de la Fuerza Aérea para 1948, permitirá tener 50,000 miembros en entrenamiento solamente para tres clases de reservistas civiles, compuestas de Reserva Aérea, Guardia Nacional del Aire y la Air R.O.T.C. Mientras que, necesitándose reservistas en proporción de 100, nuestro presupuesto consulta sólo 42. Este presupuesto recortado debe ser enmendado en seguida. El entrenamiento necesita tiempo; y no habrá mucho tiempo.

Debemos cambiar muchas ideas antiguas y adaptarlas al moderno concepto de la guerra. Nuestras líneas aéreas comerciales, por ejemplo, forman una parte muy importante de nuestro sistema de reserva global. Debemos conservar nuestras líneas aéreas en buen estado y fuertes, porque las necesitaremos en un apuro, si ocurre nuevamente lo de Pearl Harbor.

4. Entrenamiento universal. — Debemos establecer un programa de entrenamiento universal para dar a los tres servicios la cantidad de hombres necesarios entrenados para asegurar la paz. Este programa ha sido considerado repetidamente por hombres de estado, clérigos y militares. El estado de los tiempos, hace imperativo realizarlo sin dilación.

No podemos ganar otra guerra. Nadie puede ganar otra guerra. De ahí que no debemos entrar en otra guerra. Nuestra única esperanza, en esta era atómica, es aplicar nuestra fuerza sostenidamente para que haya paz entre las naciones. Esto es continuar con nuestra historia y nuestras tradiciones. Debemos mantener nuestro poder —no para usarlo en beligerancia, sino para afianzar nuestra posición en el mundo como jueces de la paz. Debemos trabajar por la paz de todo

corazón, devotamente, tal como lo hicimos para conseguir la victoria”.

● UN PROFETA SOVIETICO EXCOMULGADO.

Cuando terminó la guerra, Eugen Varga, nacido en Hungría, fué el mayor profeta económico en Rusia. Tomó a su cargo hacer un análisis de los efectos de la guerra sobre el capitalismo occidental. Después de largos y pacientes estudios publicó sus conclusiones en un libro que no fué permitido circular fuera de un reducido círculo de potentados del partido comunista en Rusia.

He aquí las conclusiones de Varga: 1) no hay razones económicas hoy por hoy para un rompimiento entre el socialismo soviético y el capitalismo de los países occidentales; 2) no hay asomos de una crisis capitalista antes de 1955; 3) los estados capitalistas pueden, en tiempos de emergencia, controlar los precios y regular los monopolios en vista del interés nacional; 4) durante la guerra el standard de vida de los obreros subió en un 20 %; 5) los satélites rusos de la Europa oriental tienen un débil poder económico comparativamente sin importancia, si se considera la total recuperación europea.

Viniendo esto de un marxista, en la Rusia soviética, fué una sensacional multitud de henejías. Varga no solamente contradijo a Marx, sino a la política rusa de costumbre hacia EE. UU. y Gran Bretaña. En el último mes se supo en los EE. UU., la historia completa y sin reservas que le sucedió al hereje.

Los polemistas del partido atacaron a Varga y lo descuartaron vivo en varios periódicos. Se le dió una chance para retractarse, a lo que él se negó. Se le expulsó de su cargo como jefe del “Instituto Académico para Ciencias de Economía y Política Mundiales”. Se suprimió el Instituto. Veinte otros importantes economistas cayeron en desgracia junto con Varga; se equivocaron, porque no hicieron caso del proverbio corriente entre los economistas soviéticos: “es mejor defender las opiniones del gobierno que ir a la cárcel por su cuenta”.

● LA SITUACION DE LA IGLESIA EN LA INDIA.

Monseñor León Kierkels, Delgado Apostólico de las Indias Orientales, ha concedido a la AGENCIA FIDES la siguiente entrevista, en torno a la situación del Catolicismo en la India, que tomamos directamente del “Osservatore Romano”, de 31 de julio último.

—¿Cuál es el porvenir de las Misiones católicas en la India, dada la nueva situación nacional allí creada?

—Para comprender bien la situación en la India se precisa, antes de todo, darse cuenta de la mentalidad de ese sub-

continente, cosa difícilísima para los extranjeros que, naturalmente, ven y juzgan las cosas a través de la propia mentalidad. Pero, después de quince años de permanencia en la India, en contacto familiar con el ambiente indiano, se me hace más fácil identificarme con la perspectiva actual de ese país. Esto es indispensable para formarse un criterio misionero justo, es decir, que no sólo no autorice el reproche de estar en desacuerdo con los legítimos intereses nacionales, sino que se armonice y sea paralelo a ellos. Esto dicho, puedo manifestar cuál es, a mi juicio, la actual situación, nacional y misionera, en la India.

Estamos habituados a considerar a la India como una unidad, no sólo geográfica, sino también cultural y política, en la historia del mundo. La inminente división de la India en Indostán y Pakistán parece indicar, por el contrario, que hay más diversidad que unidad en aquel sub-continente. Pero esa división tampoco puede anular el hecho de que sobre la múltiple heterogeneidad étnica, política y religiosa que ciertamente existe en la India, hay también allí una común herencia histórica y un sentimiento de indianidad igualmente común a todos los elementos y grupos. En consecuencia, si bien otros, aun en la prensa católica, prefieren insistir en la diversidad observada por ellos en la India, yo no creo menos justo un punto de vista superior a aquella diversidad, y es desde ese punto de vista que hablo de la India.

Desde hace muchos años se venía diciendo que la India se despertaba, y se hablaba de renacimiento indiano. Hoy se puede decir que la India ha renacido, que ha despertado plenamente, y está consciente del rol importante que le corresponde en el Asia y en el mundo. Esta es precisamente una de las características de la actual mentalidad indiana, o al menos de la mentalidad de la ELITE, y de los jefes políticos. No se desea enclaustrarse en una rígida autarquía económica y cultural, sino formar parte viva del consorcio internacional, vecino y lejano, y se cree que la India está llamada a ejercer una influencia considerable en la historia de mañana. Para llegar a ello, todas las energías de los dirigentes tienden a elevar el nivel económico, social y cultural dentro del país, y a establecer relaciones de paridad, en todos los campos, con las naciones que dirigen el mundo contemporáneo.

De ello se deduce que también la India participa de la que ha sido llamada tendencia dominante de la actual vida internacional, la de la unificación de todos los pueblos en alguna organización supernacional. Como lo ha dicho Pandit Jawarhalal Nehru: "Hemos llegado a un punto de la historia

humana en que el ideal de un mundo unificado y de alguna federación mundial, parece esencial". En efecto, la interdependencia de los pueblos en la esfera económica, industrial, social, científica y cultural, se hace cada vez más evidente, y la India está deseosa, tanto de dar como de recibir su contribución, en todos esos campos. En la reciente Conferencia Asiática, efectuada en Delhi, Pandit Jawarhalal Nehru invocaba la cooperación de la India con el Asia, y del Asia con el mundo; y esto coincide, en parte, con cuanto ha dicho tantas veces y tan bien, el Pontífice Pío XII, recomendando la formación de una sola familia, de todos los pueblos.

—¿Está igualmente bien dispuesta la India en el campo religioso?

—En realidad, en el campo religioso la India conserva todavía una mentalidad autárquica y está persuadida de la superioridad del Oriente sobre el Occidente. Se exalta allí la herencia espiritual del Asia como contrapeso y remedio de la civilización materialista que pretende excluir del mundo los valores espirituales.

Pero, precisamente esto ofrece otro paralelismo entre las perspectivas indiana y católica misionera. Pandit Jawarhalal Nehru ha escrito que "el catolicismo parece ser hoy la única Religión vital en Occidente", y la Iglesia está convencida — más todavía que los exponentes del patrimonio cultural indiano — que no existe remedio para los males modernos sin un renacimiento ético y espiritual, es decir, religioso. Será inútil que se hagan tratados, leyes y convenciones, si estas cosas no vuelven a ser objeto de conciencia y de religión, en el sentido del latín clásico. Mientras que la conciencia nacional e internacional de los pueblos permanezca cauterizada y muerta a la "concienciosidad" religiosa, no pueden existir ni paz ni seguridad duraderas. La Iglesia Católica es, indudablemente, el factor más poderoso para mantener viva y para despertar la conciencia de los pueblos, y reaccionar contra los excesos de la civilización laica y atea, justamente deplorados en la India. De ahí que el punto de vista misionero no sólo no se oponga, sino que en parte coincida, con el nacional de la India, y que el misionero católico esté deseoso de valorizar todos los buenos elementos de la preclara y antiquísima cultura india, como la llamó Pío XI.

—¿La obra misionera no es contraria, entonces, a aquella cultura?

—No, seguramente, si por cultura se entiende todo lo que hay de bueno y de noble en una civilización. Cuando tratamos de llevar la India a Cristo no pensamos, por cierto, en

descuidar aquel patrimonio nacional. El propio Pandit Jawaharlal Nehru es de parecer, que así como la conversión al cristianismo de los griegos y de los romanos no hizo perder a sus descendientes el justo orgullo por las glorias pasadas, así tampoco la conversión de la India no impediría (ni ha impedido) la supervivencia de su herencia cultural, para dar a su pueblo la inspiración, la tranquilidad y la dignidad, que se derivan de una larga civilización.

Pero, ¿no se dice que el cristianismo desnacionaliza a los indios?

—Cuán poco ello sea verdad, lo vemos, en escala modesta, pero digna de consideración, en los actuales indios católicos turbulentos y subversivos, empleados para apresurar la independencia, han participado siempre de las aspiraciones nacionales, y son hoy considerados como un elemento eficaz en la nueva India. Estos católicos constituyen el argumento y la respuesta viva para que los que consideran el cristianismo como antinacional o extranjero; respuesta que se hace cada día más elocuente, a medida que aumenta el número de los católicos y crece el de las variadísimas obras que allí son ya dirigidas, más por mentalidades indígenas que por misioneros extranjeros.

Con ocasión del 60º aniversario de la creación de la Jerarquía, instituida por León XIII en 1886 y solemnemente inaugurada en la India, en 1887, publiqué un Número Único conmemorativo, con datos y diagramas estadísticos que permiten juzgar el progreso alcanzado en comparación con las cifras que di a la Agencia Fides al regresar, por vez primera, a Roma, en 1933. Contábanse entonces 3.700,000 católicos, mientras hoy son cerca de 5.100,000. Los sacerdotes indígenas eran 2,394, y los Obispos, también del país, 10, mientras que hoy son, respectivamente, 3,850 y 21. Las circunscripciones eclesiásticas han subido de 58 a 78. Sólo en la India existen cuatro millones y medio de católicos, y en Ceylán superan el medio millón.

—¿No son superiores estas cifras a las que ha publicado la S. Congregación de la Propaganda?

—Séame permitido, a este respecto, observar que las estadísticas de la S. Congregación de la Propaganda sólo toman en cuenta, como es natural, los fieles sujetos a ella, sin enumerar, por lo tanto, a los que dependen de la S. Congregación Oriental o de la Congregación de los Negocios Eclesiásticos Extraordinarios (Obispado de Goa y sedes sufragáneas). Así se explica que en un volumen publicado por la Agencia Fides, en 1946, se den en la India, para 1939, menos

de dos millones y medio de católicos, cuando en aquel año eran 4.035,385. Hoy son cuatro millones y medio.

—¿Cuál es la posición de la minoría católica en medio de las masas indianas?

—Por cierto es una muy pequeña minoría frente a los casi 400 millones de habitantes de aquel inmenso país. Pero es una minoría muy importante, más que por su número, por su educación, entre multitudes iletradas. Además, en el campo político, aquella minoría se duplica al formar un solo grupo con los demás cristianos, ya que el Estado, no cristiano, no distingue entre católicos y protestantes, y los considera como una sola comunidad. Si bien ésto no sea lo ideal para nosotros, en la práctica las directivas prudentes de la Jerarquía han salvado así serios inconvenientes, y hecho posible, en casos particulares, la formación de un frente único para salvaguardar intereses comunes.

Pero la minoría cristiana y especialmente la católica, no es una minoría que esté en desacuerdo con la vida nacional, ni forma una contracorriente en el desarrollo de las actividades cívicas, sino que sigue las grandes líneas del programa nacional, tratando, a la vez, como lo quería León XIII: “de infundir en las venas de la vida pública el jugo saludable de las creencias y virtudes católicas, como lo hacían aquéllos de quienes dice Tertuliano, que llenaban la ciudad, los barrios, los castillos y municipios, los consejos, el ejército, el palacio, el senado y el foro” (Encíclica *Inmortale Dei*).

“Los cristianos de la India —dice todavía Pandit Nehru— son parte integral del pueblo indiano. Tienen una tradición de 1,500 años, y aun más, y constituyen una de las riquezas de la vida cultural y espiritual del país”.

Esta doble fidelidad a los ideales de la Patria y de la Religión, hace que los católicos indianos confíen en que sus derechos quedarán plenamente salvaguardados en la nueva Constitución de la India independiente, como lo han prometido en muchas ocasiones los jefes de la mayoría, y como de hecho lo han establecido los artículos ya aprobados de aquella ley. Si esta concesión no fuera posteriormente viciada por cláusulas y ambigüedades en contrario, la Iglesia podrá continuar su seguro, aunque lento, progreso, en aquellas regiones, o a lo menos, en el Indostán.

Por ahora es difícil saber cuál será su condición en el Pakistán, o sea, en el Estado autónomo musulmán, cuya creación parece ya decidida.

—¿Qué cosa sería precisamente el Pakistán?

—Pakistán es un nombre análogo a Afganistán, Kurdistán, etc., y significa “país del Paks”, o sea, de los puros musulmanes por excelencia, e incidentalmente se compone con las letras tomadas de los nombres de algunas provincias musulmanes: Punjab, Afgani de la provincia del nordeste, Kashmir, Sind y Beluchistán: Pakistan, que por eufonía se convierte en Pakistán. A esas provincias hay todavía que agregar las partes musulmanas de Bengala y del Assam.

—¿Cuál sería la probable actitud del gobierno del Pakistán frente a las minorías no musulmanas?

—Los dirigentes musulmanes han prometido también repetidas veces que los derechos de las minorías serían plenamente reconocidos, y de ello parece una garantía la paridad de tratamiento deseada por la minoría musulmana en el Indostán. Por lo tanto, no creo que haya motivo de pesimismo a ese respecto.

—¿No es más bien lento el progreso cristiano en la India, y generalmente en Asia, debido principalmente al arraigue nacionalista, y a veces xenófobo, de seculares tradiciones intelectuales, sociales y religiosas, es un hecho y un problema de que están plenamente conscientes el clero y los misioneros.

Mientras nos consuela el nivel alcanzado en cuanto a organización jerárquica y parroquial, con abundantes medios de apostolado y considerable influencia y prestigio público, lo que queda por hacer sería para hacernos perder el ánimo, si hubiéramos sólo de contar con nuestros designios y métodos humanos.

Se han hecho sabios y profundos estudios sobre las causas y remedios de semejante situación, y sería difícil dar aquí siquiera un sencillo resumen de ello. Diré únicamente que no faltan, ni la competencia teórica para todo lo que pueda hacer eficaz nuestro apostolado, ni el celo práctico para ponerlo en obra.

Por ejemplo, hay quien quisiera que se aplicara también el método de adaptación, admitido por todos en el campo de las artes y las buenas prácticas sociales, a los campos especulativo e intelectual, tratando de cristianizar así la filosofía hindú, como fuera cristianizada en otro tiempo la filosofía greco-romana. Si bien la cosa puede aparecer atrayente, antes de aceptar esta tesis, hay que considerar las muchas dificultades que ella presenta, particularmente, por lo que toca a la unidad de pensamiento y a la terminología dogmática propias de la Iglesia. De otra parte, es indudable que la filosofía indiana posee muchos elementos que pueden ser inte-

grados en la nuestra, como lo demuestran, entre otras, las obras del P. Johannis, S. J. (To Christ trough Vedanta) y el P. Follet, S. J. (Quelques sommets de la Pensée Indienne).

En todo caso, mientras cumplimos con el deber de intensificar cada vez más los métodos que conducen a una adecuada y eficaz presentación del mensaje de Cristo y de la Iglesia, no debemos olvidar un instante que es, en definitiva, el contenido mismo del mensaje, y la gracia de Dios, quienes deben atraer a las gentes. Como lo decía el propio San Paulo: "Nada es el que planta, o el que riega, sino Dios, que da el crecimiento..." Hay, pues, que considerar las variadas disposiciones o aptitudes del campo misionero, tan bien descritas en la parábola del sembrador, al control del cual escapan en gran parte, esas disposiciones.

—¿No es esto un poco desalentador para los misioneros?

—Los misioneros saben bien que los que cosechan no son siempre los que siembran. Como lo dijo un Arzobispo de Calcuta con ocasión de la proclamación de la Jerarquía en 1887: Dios no nos pide éxito, sino esfuerzos y trabajos incesantes. De aquí que los sembradores apostólicos esparzan sin descanso la simiente evangélica, confiados en que también la India rendirá un día el 30, el 60 y el 100 por uno.

Al mismo tiempo se consolida cada vez más la organización y la eficiencia interna de la Iglesia en aquellas regiones, y en especial la cooperación de la Jerarquía de todos los ritos y jurisdicciones, para salvaguardar y promover los intereses comunes. Uno de mis predecesores, Monseñor Zaleski, creyó deber escribir que, en la India, había Obispos, pero no un Episcopado, porque todos trabajaban separadamente. Hoy, al contrario, tenemos la Conferencia de los Obispos de la India, análoga a la NATIONAL WELFARE CONFERENCE de los Estados Unidos, con comités generales y especiales, cuyas reuniones han justificado ya plenamente su existencia.

—¿Existe entonces un discreto optimismo respecto del porvenir misionero en la India?

—Por cierto, y podría decir muchas otras cosas para confirmarlo. Pero concluyo expresando mi aprecio y reconocimiento por la deferencia y cooperación de la Jerarquía y del Clero, en especial del indígena. Tengo absoluta fe en que, sean cuales fueren las futuras vicisitudes de aquellos países, los Obispos y el Clero estarán a la altura de sus tareas: la de dignos ministros de la Iglesia, y la de ciudadanos beneméritos de la nueva India".

L. Y. S.

CRISTAL DE LIBRERIA.

“JUEGOS Y ALEGRÍAS COLONIALES EN CHILE”, por Eugenio Pereira Salas. — (Zig-Zag. Santiago de Chile, 1948).

Una disciplinada y lata investigación en las fuentes directas ha permitido al Profesor Pereira reconstituir, en forma viva y novedosa, la imagen lúdica de los siglos coloniales, muy distanciados de esa torva gravedad con que nos los han presentado hasta ahora los historiadores. Las corridas de toros, las riñas de gallos, la chueca, la pelota, el volantín, la lotería y otros entretenimientos, emergen de la oscuridad olvidada de los viejos tiempos, y dan un marco gracioso y amable a la edad de nuestros mayores. La obra abre paso a ricas sugerencias y estimula a nuevas búsquedas por caminos hasta hoy abandonados.

“HUMANISMO SOCIAL”, por Alberto Hurtado. — (Editorial Difusión. Santiago de Chile, 1947).

Una obra que exhibe la bondad de un corazón condolido por la miseria y la injusticia social, y anheloso de ver muchas manos puestas en acción remediadora de los males que sufre nuestro pueblo. No aspira a proporcionar una pauta simplista de soluciones, sino a remover inquietudes, a despertar responsabilidades, sobre todo en la generación católica joven. Todo esto lo ha sabido hacer el autor con sencillez y amor, como auténtico apóstol.

“EL VERDADERO SENTIDO DE LA DEMOCRACIA”, por Jorge Lyon Edwards. — (Ed. Difusión. Santiago de Chile, 1942).

En el criterio del autor, “la democracia no es una doctrina científica, ni un régimen jurídico, ni una fórmula política, ni un sistema económico, sino una ley de la naturaleza humana, una ley moral”. Sobre esta base analiza la evolución del concepto de democracia, desde la antigüedad griega a los tiempos más recientes y concluye que el sustentáculo de ella no puede ser otro que un orden moral fundado en la fe religiosa. El autor llega a esto al través de una prosa sencilla, sin alarde de erudición y en la que aflora un ponderado atavismo político anglo-sajón, con el inevitable retoque que es capaz de proporcionar la convicción católica de la vida.

COLECCION AUSTRAL. Espasa Calpe Argentina. — (B. Aires).

Sin abatir su proverbial prestigio, continúa lanzando esta serie nuevos títulos. De ellos destacamos: W. Shakespeare: “Coriolano”; J. W. Goethe: “Egmont”; F. Pérez de Guzmán: “Generaciones y semblanzas”; Azorín: “Con Cervantes”; Wagner y Liszt: “Correspondencia”; Antonio García Bellido: “La España del siglo I de nuestra era”; J. S. Chocano: “Antología poética”; D. Merejkowsky: “El misterio de Alejandro I” y “El fin de Alejandro I”, y C. F. Henningsen: “Zumalacáregui”.

C U R S O S

de Economía Doméstica de la
Compañía de Consumidores de Gas
de Santiago

D U E Ñ A S D E C A S A

LOS DIAS LUNES, MARTES O JUEVES DE 15 A 17 HORAS.

E M P L E A D A S

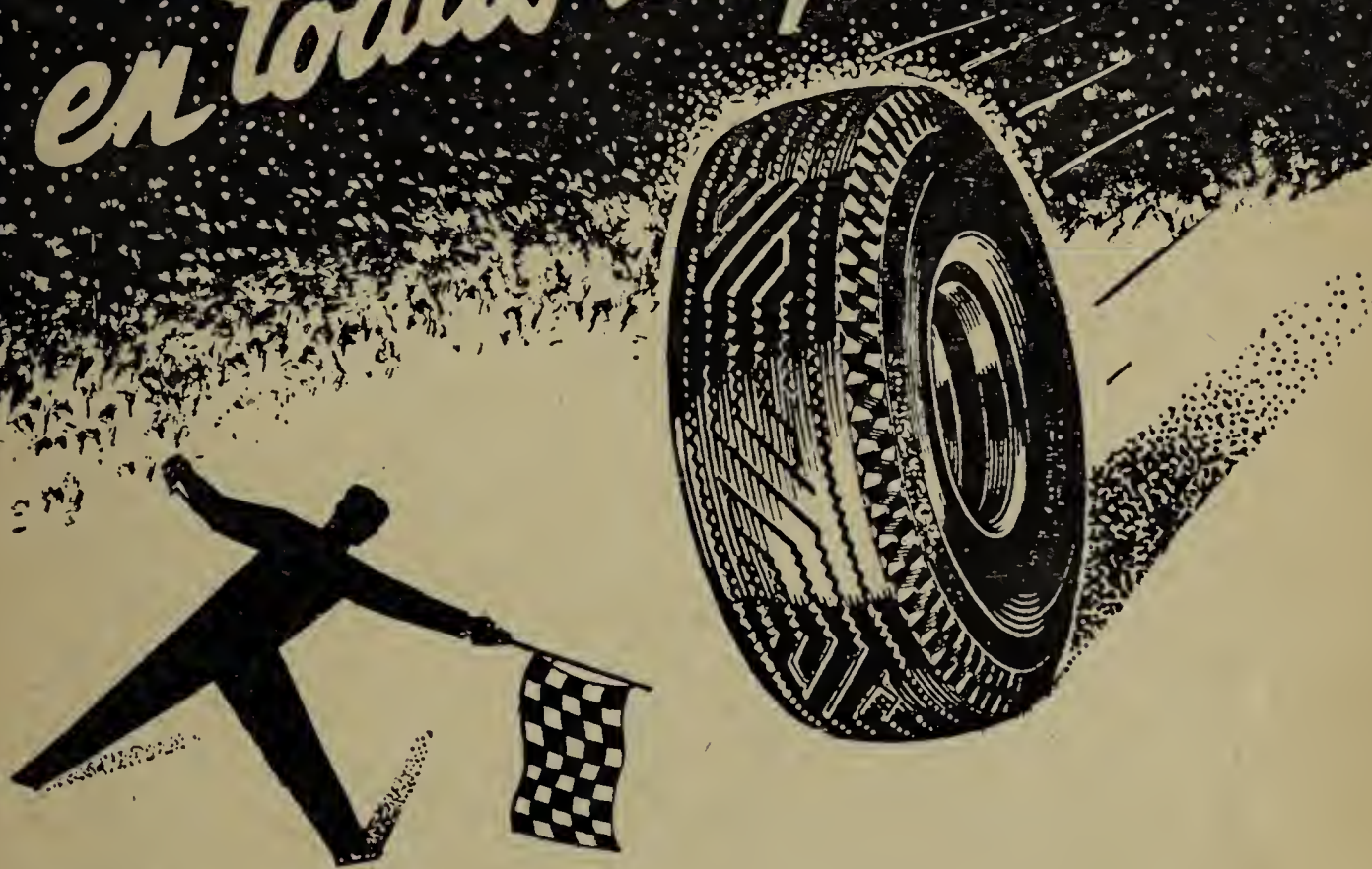
LOS DIAS MIERCOLES O VIERNES DE 15 A 17 HORAS.
LA INSCRIPCION PARA LAS EMPLEADAS SERA GRATUITA.

LA MATRICULA SE RECIBE EN EL 3.er HALL, DE 10 A 12 HORAS Y DE 15 A 17 HORAS, TODOS LOS DIAS. SABADO SOLO EN LA MAÑANA.

LA DIRECTORA DEL CURSO ATENDERA A LAS FUTURAS ALUMNAS DIARIAMENTE DE 15 A 17 HORAS.

CURSOS PERMANENTES TODO EL AÑO

*¡Vencedor
en todas las pruebas!*



PRODUCTO CHILENO

INDUSTRIA NACIONAL DE NEUMATICOS S. A.

Imp. "El Esfuerzo"
Eyzaguirre N° 1118

Precio: \$ 10.-

